

Viaje apostólico del Papa Francisco al Reino de Baréin

Las preguntas de Dios

El camino del hombre

ANDREA MONDA

Este viaje a Baréin también es un camino hacia las raíces, los orígenes de la historia de la humanidad. No es casualidad que las imágenes más recurrentes en los discursos del Santo Padre sean imágenes elementales, primordiales, como el agua, el jardín... que proceden en particular del texto bíblico. En el encuentro con los miembros del Consejo Musulmán de ancianos el Papa, retomando la imagen del árbol de la vida, recordó el pasaje del Génesis en el que precisamente este árbol está puesto «en el centro del jardín de los orígenes, en el corazón del maravilloso proyecto de Dios para el hombre, un designio armónico capaz de abrazar toda la creación». Incluso viviendo en este maravilloso jardín el hombre toma las distancias del Creador y cede, dice el Papa, a «el mal que está agazapado a la puerta de su corazón (cf. Gn 4,7), para incendiar el jardín armónico del mundo. Pero este mal tiene su raíz en el rechazo a Dios y al hermano, en el perder de vista al Autor de la vida y en el no reconocernos ya como custodios de los hermanos. Por eso las dos preguntas que hemos escuchado siguen siendo siempre válidas y, más allá del credo que se profese, interpelan a cada vida y a cada época: «¿Dónde estás?» (Gn 3,9), «¿Dónde está tu hermano?» (Gn 4,9)». Dando la espalda a Dios, el hombre rechaza también a su hermano y pierde el contacto con esas fuentes de vida y de sabiduría que el Señor le había donado y puesto a disposición. La tarea principal de las guías religiosas, «única, imprescindible» según el Papa, es la de «ayudar a reencontrar estas fuentes de vida olvidadas, de volver a llevar a la humanidad a beber de esta sabiduría antigua, de volver a acercar a los fieles a la adoración del Dios del cielo y también acercarlos a los hombres, para quienes Él hizo la tierra». Al cerrar el discurso del Consejo de los Ancianos, el Papa volvió a las preguntas de Dios, primero a Adán y después a Caín, emblemáticas de esas preguntas que habitan el corazón del hombre y, agitándolo, le ponen en crisis y por tanto en camino. El Papa, implícitamente, pero con fuerza, nos invita a reflexionar sobre el hecho de que los primeros dos discursos directos que el Dios de la Biblia dirige al hombre son dos preguntas: “¿Dónde estás?” y “¿Dónde está tu hermano?”.

Ya se destacan los dos pilares de la ley, el amor a Dios y al prójimo, los dos brazos de la cruz, el vertical, la relación entre Dios y el hombre (la pregunta no es “geográfica”, ¿dónde te encuentras?, sino existencial: ¿dónde has ido en la relación con tu Creador y Padre?) y la relación entre el hombre y su prójimo, su hermano, como diciendo que respondiendo a esta segunda pregunta encontrarás también la respuesta a la primera.

Hay una verdadera “pedagogía” en la pregunta que es siempre una apertura, también si una crisis es siempre una apertura, mientras que en las respuestas, especialmente si son fáciles, está el escollo de la tranquilidad que conduce al cierre y la parálisis. Es el riesgo que corre el hombre contemporáneo que frente a las preguntas, observa el Papa, prefiere “dormirse”: «Porque, en realidad, todos se hacen, al menos en lo secreto del corazón, las mismas grandes preguntas: ¿quién es el hombre?, ¿por qué el dolor, el mal, la muerte, la injusticia?, ¿qué hay después de esta vida? Para muchos, anestesiados por un materialismo práctico y por un consumismo paralizante, estos mismos interrogantes yacen adormecidos». Si las preguntas habitan el corazón del hombre, entonces es quizá sabio por parte del hombre acogerlas y “habitar” las preguntas, porque la alternativa es ese entumecimiento que extingue la dimensión más profundamente humana. Hay una dimensión vital, existencial escondida dentro de la pregunta, porque bajo la pregunta a menudo hay una vocación, un destino; como observaba Benedicto XVI: «La vida cristiana comienza con una llamada y es siempre una respuesta, hasta el final». Viene a la mente la primera página del famoso ensayo que Martin Buber escribió en 1948, El camino del hombre, que empieza precisamente por la pregunta de Dios y Adán (“¿Dónde estás?”) y que revela, todavía hoy, una aguda profundidad y actualidad: «Dios formula una pregunta de esta naturaleza no porque el hombre le vaya a desvelar algo que Él ignore sino porque intenta provocar en el hombre una reacción de asombro, a través de una pregunta así, con el fin de tocar el corazón del hombre y que éste se deje tocar el corazón por ella. Adán se esconde para no tener que rendir cuentas, para escapar de la responsabilidad de su vida. Así se esconde todo hombre, ya que cualquier hombre es Adán en la situación de Adán. Para escapar de la responsabilidad de la vida que se ha vivido, la existencia se transforma en un mecanismo de ocultamiento. Escondiéndose así y persistiendo siempre en este ocultarse “ante el rostro de Dios”, el hombre cada vez se va deslizando más hondo en la falsedad. Se crea así una situación nueva que, día tras día y cada vez más oculta, va siendo cada vez más proble-



EN PÁGINAS 2-7

mática. Una situación con características muy concretas: el hombre no puede escapar de la mirada de Dios pero, en el intento de esconderse de Él, se esconde de sí. Aunque sin duda conserva dentro de sí algo que le busca, ese algo se vuelve cada vez más difícil de encontrar. Y es precisamente en esta situación donde lo atrapa la pregunta de Dios. La pregunta de Dios pretende perturbar al hombre, destruir su mecanismo de ocultamiento, hacerle ver dónde lo ha conducido el camino equivocado, hacer crecer en él un ardiente deseo de salir fuera de ese escondite. En este punto, todo depende de que el hombre se haga o no la pregunta. Indudablemente, cuando esta pregunta llegue al oído de alguien, cualquiera que sea, “el corazón se le estremecerá”, como le ocurrió al comandante del relato. Pero el

mecanismo le permite también permanecer dueño de esta emoción del corazón. La voz, en efecto, no llega durante una tempestad que ponga en peligro la vida del hombre. Es “la voz de un silencio semejante a un soplo”, y es fácil sofocarla. Y hasta que no la afronta, la vida del hombre no puede convertirse en camino. Por muy grande que sea el éxito y el disfrute de un hombre; por muy extenso que sea su poder y colosal su obra, su vida permanece desprovista de un camino hasta que no afronta la voz. Adán afronta la voz, reconoce estar en falso y confiesa: “Me he escondido.” Aquí comienza el camino del hombre. El decisivo retorno hacia sí mismo es, en la vida del hombre, el inicio del camino, el comienzo siempre nuevo del camino».

El Papa Francisco en Baréin

No a las negociaciones de la guerra y al uso de la violencia

Poner fin al conflicto en Ucrania e iniciar serias negociaciones de paz

Momento central de la mañana del viernes 4 de noviembre, segunda jornada del viaje del Papa Francisco, fue la clausura del “Foro de Baréin para el diálogo: Oriente y Occidente por la convivencia humana”. El Pontífice participó en la ceremonia, que tuvo lugar en la plaza Al-Fida', en el complejo del Palacio real Sakhir de Awali, pronunciando el discurso que publicamos a continuación.

Majestad, Altezas Reales, querido Hermano, Doctor Al-Tayyeb, Gran Imán de Al-Azhar, querido Hermano Bartolomé, Patriarca Ecuménico, distinguidas autoridades religiosas y civiles, señoras y señores:

Los saludo cordialmente, agradezco por la acogida recibida y por la realización de este Foro de diálogo, organizado bajo el patrocinio de Su Majestad el Rey de Baréin. Este país toma el nombre de sus aguas: la palabra Baréin evoca, en efecto, “dos mares”. Pensemos en las aguas del mar, que conectan las tierras y ponen en comunicación a las personas, uniendo pueblos distantes. «Lo que la tierra divide, el mar lo une», dice un antiguo refrán. Y nuestro planeta tierra, visto desde lo alto, se presenta como un inmenso mar azul, que junta costas diversas; desde el cielo parece recordarnos que somos una única familia; no islas, sino un único y gran archipiélago. Es de este modo que el Altísimo nos quiere y este país, un archipiélago de más de treinta islas, bien puede simbolizar su deseo.

Y, sin embargo, vivimos tiempos en los que la humanidad, conectada como nunca antes lo había estado, se encuentra mucho más dividida que unida. El nombre “Baréin” puede seguir ayudándonos a reflexionar: los “dos mares” de los que habla se refieren a las aguas dulces de sus fuentes submarinas y a las aguas saladas del Golfo. Análogamente, hoy nos encontramos ante dos mares de sabor opuesto: por una parte, el mar calmo y dulce de la convivencia común; por otra, el mar amargo de la indiferencia, ensombrecido por conflictos y agitado por vientos de guerra, con sus olas destructoras cada vez más turbulentas, que amenazan con arrastrarnos a todos. Y, lamentablemente, Oriente y Occidente se asemejan cada vez más a dos mares contrapuestos. Nosotros, en cambio, estamos aquí reunidos porque queremos navegar en el mismo mar, eligiendo la ruta del encuentro y no la del conflicto, la vía del diálogo indicada por este Foro: «Oriente y Occidente por la convivencia humana». Después de dos terribles guerras mundiales, después de una guerra fría que durante décadas tuvo al mundo en vilo, en medio de tantos conflictos desastrosos en todas partes del globo, entre voces de acusación, amenaza y condena, nos encontramos aún tambaleantes en el borde de un equilibrio

frágil, y no queremos desplomarnos. Llama la atención una paradoja: mientras la mayor parte de la población mundial está unida por las mismas dificultades, afligida por graves crisis alimentarias, ecológicas y pandémicas, así como por una injusticia planetaria cada vez más escandalosa, algunos poderosos se concentran en una lucha decidida por intereses particulares, desenterrando lenguajes obsoletos, redefiniendo zonas de influencia y bloques contrapuestos. De este modo, parece que estamos presenciando un escenario dramáticamente infantil: en el jardín de la humanidad, en vez de cuidar del conjunto, se juega con fuego, misiles y bombas, con armas que provocan llanto y muerte, llenando la casa común de cenizas y odio.

Estas serán las amargas consecuencias, si se siguen acentuando las oposiciones sin redescubrir la comprensión, si se persiste en la firme imposición de los propios modelos y de las propias visiones despóticas, imperialistas, nacionalistas y populistas, si no nos interesamos en la cultura de los demás, si no se escucha el clamor de la gente común y la voz de los pobres, si no se deja de distinguir de modo maniqueo quién es bueno y quién es malo, si no nos esforzamos por entendernos y colaborar por el bien de todos. Estas decisiones están ante nosotros. Porque en un mundo globalizado sólo salimos adelante remando juntos; en cambio, si navegamos solos, vamos a la deriva.

En el tormentoso mar de los conflictos tengamos ante nuestros ojos el Documento sobre la Fraternidad humana por la paz mundial y la convivencia común, en el que se hacen votos por un fecundo encuentro entre Occidente y Oriente, útil para sanar sus respectivas enfermedades ^[1]. Estamos aquí, creyentes en Dios y en los hermanos, para rechazar “el pensamiento aislante”, ese modo de ver la realidad que ignora el mar único de la humanidad para focalizarse sólo en las propias corrientes. Deseamos que las disputas entre Oriente y Occidente se resuelvan por el bien de todos, sin desviar la atención de otra brecha en constante y dramático crecimiento, la que se da entre el Norte y el Sur del mundo. Que la aparición de los conflictos no haga perder de vista las tragedias latentes de la humanidad, como la catástrofe de las desigualdades, por la que la mayor parte de las personas que pueblan la tierra experimenta una injusticia sin precedentes, la vergonzosa plaga del hambre y la calamidad de los cambios climáticos, signo de la falta de cuidado hacia la casa común. Sobre dichos temas, que se han discutido en estos días, los líderes religiosos no podemos dejar de comprometernos y de dar buen ejemplo. Tenemos un papel específico y este Foro nos ofrece una nueva oportunidad

en este sentido. Nuestra tarea es animar y ayudar a la humanidad, tan interdependiente como desconectada, a navegar conjuntamente. Quisiera, por tanto, delinear tres desafíos que se desprenden del Documento sobre la Fraternidad humana y de la Declaración del Reino de Baréin, sobre los que



se ha reflexionado en estos días. Estos desafíos se refieren a la oración, la educación y la acción. En primer lugar, la oración, que toca el corazón del hombre. En realidad, los dramas que sufrimos y las peligrosas laceraciones que experimentamos, «los desequilibrios que fatigan al mundo moderno están conectados con ese otro desequilibrio fundamental que hunde sus raíces en el corazón humano» (*Gaudium et spes*, 10). Allí está la raíz. Y, por lo tanto, el mayor peligro no reside en las cosas, en las realidades materiales, en las organizaciones, sino en la inclinación del ser humano a cerrarse en la inmanencia del propio yo, del propio grupo, de los propios intereses mezquinos. No es un defecto de nuestra época, existe desde que el hombre es hombre, pero con la ayuda de Dios es posible dominarlo (cf. *Carta enc. Fratelli tutti*, 166). Es por eso que la oración, la apertura del corazón al Altísimo es fundamental para purificarlos del egoísmo, de la cerrazón y de la autorreferencialidad, de las falsedades y de la injusticia. El que reza, recibe la paz en el corazón y no puede sino ser su testigo y mensajero; e invitar, principalmente por medio del ejemplo, a sus semejantes, a no convertirse en rehenes de un paganismo que reduce al ser humano a aquello que vende, que compra o con lo que se divierte, sino a redescubrir la dignidad infinita que cada uno lleva grabada. El hombre religioso, el hombre de paz es aquel que, caminando con los otros en el mundo, los invita, con dulzura y respeto, a elevar la mirada al cielo. Y lleva en su oración, como incienso que su-

be hacia el Altísimo (cf. *Sal* 141,2), las fatigas y las pruebas de todos.

Pero, para que esto pueda suceder, es indispensable una premisa: la libertad religiosa. La Declaración del Reino de Baréin explica que «Dios nos instruye para ejercer el regalo divino de la libertad de elección» y,

por tanto, “toda forma de coacción religiosa no puede conducir a una persona a una relación significativa con Dios”. Es decir que toda coacción es indigna del Omnipotente, porque Él no ha entregado el mundo a esclavos, sino a criaturas libres, a las que respeta totalmente. Comprometámonos entonces para que la libertad de las criaturas refleje la libertad soberana del Creador, para que los lugares de culto sean protegidos y respetados, siempre y en todas partes, y la oración se promueva y nunca sea obstaculizada. Pero no es suficiente conceder permisos y reconocer la libertad de culto, es necesario alcanzar la verdadera libertad religiosa. Y no sólo cada sociedad, sino cada credo está llamado a examinarse sobre esto. Está llamado a preguntarse si obliga desde el exterior o libera interiormente a las criaturas de Dios; si ayuda al hombre a rechazar la rigidez, la cerrazón y la violencia; si hace que aumente en los creyentes la libertad verdadera, que no significa hacer lo que nos dé la gana, sino orientarnos al bien para el que hemos sido creados. Si el desafío de la oración se refiere al corazón, el segundo, la educación, concierne esencialmente a la mente del hombre. La Declaración del Reino de Baréin afirma que «la ignorancia es enemiga de la paz». Es verdad, donde faltan oportunidades de instrucción aumentan los extremismos y se arraigan los fundamentalismos. Y, si la ignorancia es enemiga de la paz, la educación es amiga del desarrollo, siempre que sea una instrucción realmente digna del hombre, ser dinámico y relacional; por lo que no debe ser rígida y monolítica, sino abier-

ta a los desafíos y sensible a los cambios culturales; no autorreferencial y aislante, sino atenta a la historia y a la cultura de los demás; no estática sino inquisitiva, para abrazar aspectos diversos y esenciales de la única humanidad a la que pertenecemos. Eso permite, en particular, ir al centro de los problemas sin presumir de tener la solución y de resolver de modo sencillo problemas complejos, sino con la disposición de asumir la crisis sin ceder a la lógica del conflicto. La lógica del conflicto siempre nos lleva a la destrucción. La crisis nos ayuda a pensar y a madurar. En efecto, es indigno de la mente humana creer que las razones de la fuerza prevalezcan sobre la fuerza de la razón, utilizar métodos del pasado para las cuestiones presentes, aplicar los esquemas de la técnica y de la conveniencia a la historia y a la cultura del hombre. Esto requiere interrogarse, entrar en crisis y saber dialogar con paciencia, respeto y espíritu de escucha; aprender la historia y la cultura de los demás. Así se educa la mente del hombre, alimentando la comprensión recíproca. Porque no basta llamarnos tolerantes, es necesario dejar espacio al otro verdaderamente, darle derechos y oportunidades. Es una mentalidad que comienza con la educación y que las religiones están llamadas a sostener. En concreto, quisiera destacar tres emergencias educativas. En primer lugar, el reconocimiento de la mujer en ámbito público, “en la instrucción, en el trabajo, en el ejercicio de los propios derechos sociales y políticos” (cf. *Documento sobre la fraternidad humana*). En este, como en otros ámbitos, la educación es el camino para emanciparse de resabios históricos y sociales contrarios a ese espíritu de solidaridad fraterna que debe caracterizar a quien adora a Dios y ama al prójimo. En segundo lugar, «la protección de los derechos fundamentales de los niños» (ibíd.), para que crezcan instruidos, atendidos, acompañados, no destinados a vivir con el tormento del hambre o los lamentos por la violencia. Eduquémoslos, y eduquémonos, para mirar las crisis, los problemas, las guerras, con los ojos de los niños. No es un buenismo ingenuo, sino una sabia amplitud de miras, porque sólo pensando en ellos el progreso se verá reflejado en la inocencia y no en las ganancias, y contribuirá a construir un futuro conforme al hombre.

La educación, que empieza en el seno de la familia, continúa en el contexto de la comunidad, del pueblo o de la ciudad. Por eso quisiera subrayar, en tercer lugar, la educación a la ciudadanía, a vivir juntos, en el respeto y la legalidad. Y, en particular, la importancia misma del «concepto de ciudadanía», que «se basa en la igualdad de derechos y deberes». Es necesario esforzarse en esto, para que se pueda «establecer

en nuestra sociedad el concepto de plena ciudadanía y renunciar al uso discriminatorio de la palabra minorías, que trae consigo las semillas de sentirse aislado e inferior; prepara el terreno para la hostilidad y la discordia y quita los logros y los derechos religiosos y civiles de algunos ciudadanos al discriminarlos» (ibíd.). Llegamos así al último de los tres desafíos, el que concierne a la acción, podríamos decir a las fuerzas del hombre. La Declaración del Reino de Baréin enseña que “cuando se predica el odio, la violencia y la discordia se profana el nombre de Dios”. El que es religioso rechaza esto, sin ningún pretexto; dice “no” con fuerza a la blasfemia de la guerra y al uso de la violencia. Y traduce con coherencia, en la práctica, estos “no”. Porque no basta decir que una religión es pacífica, es necesario condenar y aislar a los violentos que abusan de su nombre. Y ni siquiera es suficiente tomar distancia de la intolerancia y del extremismo, es preciso actuar en sentido contrario. «Por esto es necesario interrumpir el apoyo a los movimientos terroristas a través del suministro de dinero, armas, planes o justificaciones y también la cobertura de los medios, y considerar esto como crímenes internacionales que amenazan la seguridad y la paz mundiales. Tal terrorismo debe ser condenado en todas sus formas y manifestaciones» (*Documento sobre la Fraternidad humana*). También el terrorismo ideológico.

»»»

L'OSSERVATORE ROMANO

EDICIÓN SEMANAL EN LENGUA ESPAÑOLA

Unique suum Non preuolent

Ciudad del Vaticano
redazione.spagnola.0r@spcva
www.osservatoreromano.va

ANDREA TORNIELLI

Director editorial

ANDREA MONDA

director

Silvina Pérez
jefe de la edición

Redacción
Piazza Pia, 3 - 00193 Roma
teléfono 39 06 698 45851

TIPOGRAFIA VATICANA EDITRICE
L'OSSERVATORE ROMANO

Servicio fotográfico:
teléfono +39 06 698 45793/45794
fax +39 06 698 84998
e-mail: pubblicazioni.photo@spcva
www.photo@spcva

Suscripción digital anual: 40 euros

Agencia de publicidad:
Il Sole 24 Ore S.p.A.,
System Comunicazione Pubblicitaria
Via Monte Rosa, 91, 20149 Milano
segreteria@direzione.osservatore.it

En México: Arquidiócesis primada de México.
Dirección de Comunicación Social.
San Juan de Dios, 222-C. Col.
Villa Lázaro Cárdenas. CP 14370.
Del. Tlalpan. México, D.F.;
teléfono + 52 55 2652 99 55
fax + 52 55 5518 75 32
e-mail: suscripciones@semanariovaticano.mx

En Perú: Editorial salesiana,
Avenida Brasil 220, Lima 5, Perú
teléfono + 51 42 357 82
fax + 51 431 67 82
e-mail: editorial@salesianos.edu.pe

El Papa Francisco en Baréin

«««

El hombre religioso, el hombre de paz, se opone también a la carrera armamentística, al negocio de la guerra, al mercado de la muerte. No apoya “alianzas contra alguien”, sino caminos de encuentro con todos; sin ceder a relativismos o sincretismos de ningún tipo, sigue una sola senda, la de la fraternidad, el diálogo y la paz. Estos son sus “sí”. Recorramos, queridos amigos, este camino; abramos el corazón al hermano, avancemos en el proceso de conocimiento recíproco. Estrechemos entre nosotros lazos más fuertes, sin dobleces y sin miedo, en nombre del Creador que nos ha puesto juntos en el mundo como custodios de los hermanos y de las hermanas. Y, si varios poderosos negocian entre ellos por intereses, dinero y estrategias de poder, demos- tremos que es posible otra vía de encuentro. Posible y necesaria, porque la fuerza, las armas y el dinero nunca teñirán de paz el futuro. Por tanto, encontremos por el bien del hombre y en nombre de Aquel que ama al hombre, cuyo Nombre es Paz. Promovamos iniciativas concretas para que el camino de las grandes religiones sea cada vez más efectivo y constante, ¡que sea conciencia de paz para el mundo! Y aquí hago un llamamiento a todos, para que se ponga fin a la guerra en Ucrania y se entablen serias negociaciones de paz.

El Creador nos invita a actuar, especialmente en favor de tantas de sus criaturas que todavía no encuentran suficiente espacio en las agendas de los poderosos: pobres, niños por nacer, ancianos, enfermos, migrantes. Si nosotros, que creemos en el Dios de la misericordia, no escuchamos a los indigentes y no damos voz a quien no la tiene, ¿quién lo hará? Estemos de su parte, esforcémonos por socorrer al hombre herido y probado; obrando de este modo, atraeremos la bendición del Altísimo sobre el mundo. Que Él ilumine nuestros pasos y una nuestros corazones, nuestras mentes y nuestras fuerzas (cf. *Mc* 12,30) para que la adoración a Dios concuerde con el amor concreto y fraterno al prójimo, y para ser juntos profetas de convivencia, artífices de unidad, constructores de paz. Gracias.

[1] «El Occidente podría encontrar en la civilización del Oriente los remedios para algunas de sus enfermedades espirituales y religiosas causadas por la dominación del materialismo. Y el Oriente podría encontrar en la civilización del Occidente tantos elementos que pueden ayudarlo a salvarse de la debilidad, la división, el conflicto y el declive científico, técnico y cultural. Es importante prestar atención a las diferencias religiosas, culturales e históricas que son un componente esencial en la formación de la personalidad, la cultura y la civilización oriental; y es importante consolidar los derechos humanos generales y comunes, para ayudar a garantizar una vida digna para todos los hombres en Oriente y en Occidente» (Documento sobre la Fraternidad humana por la paz mundial y la convivencia común, 4 febrero 2019).

El encuentro con los miembros del Consejo Musulmán de Ancianos

El diálogo es el oxígeno de la convivencia civil

Los miembros del Consejo Musulmán de ancianos acogieron al Papa Francisco en la tarde del viernes 4 de noviembre, en la mezquita del complejo del Palacio real de Baréin, en Awali. Durante el encuentro el Pontífice pronunció el siguiente discurso.

Querido hermano, Doctor Ahmad Al-Tayyeb, Gran Imán de Al-Azhar, queridos miembros del Consejo Musulmán de Ancianos, queridos amigos, As-salamu alaykum: Los saludo cordialmente, deseando que la paz del Altísimo descienda sobre cada uno de ustedes; sobre ustedes, que buscan promover la reconciliación para evitar divisiones y conflictos en las comunidades musulmanas; sobre ustedes, que ven en el extremismo un peligro que corroe la verdadera religión; sobre ustedes, que se comprometen en disipar interpretaciones erradas que a través de la violencia tergiversan, instrumentalizan y dañan un credo religioso. Que la paz descienda y permanezca con ustedes, que desean difundirla inculcando en los corazones los valores del respeto, de la tolerancia y de la moderación; sobre ustedes, que proponen fomentar relaciones amistosas, mutuo respeto y confianza recíproca con todos aquellos que, como yo, adhieren a una fe religiosa distinta; sobre ustedes, hermanos y hermanas, que quieren favorecer en los jóvenes una educación moral e intelectual que se oponga a cualquier forma de odio y de intolerancia. As-salamu alaykum.

Dios es fuente de paz. Que nos conceda ser, en cualquier lugar, canales de su paz. Ante ustedes quisiera reiterar que el Dios de la paz nunca conduce a la guerra, nunca incita al odio, nunca respalda la violencia. Y nosotros, que creemos en Él, estamos llamados a promover la paz a través de instrumentos de paz, como el encuentro, las tratativas pacíficas y el diálogo, que es el oxígeno de la convivencia común. Entre los objetivos que se proponen está el de difundir una cultura de paz basada en la justicia. Quisiera decirles que este es el camino, más aún, el único camino, en cuanto la paz «es obra de la justicia (*Gaudium et spes*, 78). Brota, pues, de la fraternidad, crece a través de la lucha contra la injusticia y las desigualdades, se construye tendiendo la mano a los demás» (*Discurso con ocasión de la lectura de la Declaración final y clausura del VII Congreso de Líderes de Religiones Mundiales y Tradicionales*, 15 septiembre 2022). La paz no puede ser sólo proclamada, se debe consolidar. Y esto es posible removiendo las desigualdades y las discriminaciones, que producen inestabilidad y hostilidad.



Les agradezco su compromiso en este sentido, como también la acogida que me han dispensado y las palabras que han pronunciado. Vengo entre ustedes como un creyente en Dios, como un hermano y peregrino de paz. Vengo entre ustedes para caminar juntos, con el espíritu de Francisco de Asís, que solía decir: «Que la paz que anuncian de palabra, la tengan, y en mayor medida, en sus corazones» (*Leyenda de los tres compañeros*, XIV, 58. Directorio Franciscano, Fuentes biográficas franciscanas). Me



ha llamado la atención ver cómo en estas tierras es costumbre, al acoger a un huésped, no sólo estrecharle la mano, sino también llevarse la mano al corazón en señal de afecto. Como diciendo: tu persona no se queda distante de mí, entra en mi corazón, en mi vida. También yo me llevo la mano al corazón con respetuoso afecto, mirando a cada uno de ustedes y bendiciendo al Altísimo por la posibilidad de encontrarnos.

Creo que cada vez tenemos más necesidad de encontrarnos, de conocernos y de preocuparnos por los demás, de poner la realidad antes que las ideas y a las personas antes que las opiniones, la apertura al cielo antes que las distancias de la tierra, un futuro de fraternidad antes que un pasado de hostilidad, superando los prejuicios y las incomprendiones de la historia en nombre de Aquel que es la Fuente de la Paz. Por lo demás, ¿cómo podrán los fieles de religiones y culturas distintas convivir, acogerse y estimarse mutuamente si nosotros seguimos siendo unos extraños los unos para los otros? Dejémoslos guiar por el dicho del Imán Alí: «Las personas son de dos tipos: tus

hermanos en la fe o tus semejantes en la humanidad», y sintámonos llamados a hacernos cargo de todos aquellos que el designio divino ha puesto a nuestro lado en este mundo. Exhortémosnos “a que, olvidando lo pasado, ejercitemos sinceramente la mutua comprensión, procurando y promoviendo unidos la justicia social, los bienes morales, la paz y la libertad para todos los hombres” (cf. *Nostra aetate*, 3). Son tareas que nos incumben a nosotros, los guías religiosos. Ante una humanidad cada

vez más herida y desgarrada que, bajo el vestido de la globalización, respira con dificultad y miedo, las grandes religiones están llamadas a ser el corazón que une los miembros del cuerpo, el alma que da esperanza y vida a las más altas aspiraciones.

En estos días he hablado sobre la fuerza de la vida, que sobrevive en los desiertos más áridos bebiendo del agua del encuentro y de la convivencia pacífica. Ayer lo hice tomando el ejemplo del sorprendente “árbol de la vida” que se encuentra aquí en Baréin. El pasaje bíblico que hemos escuchado pone al árbol de la vida en el centro del jardín de los orígenes, en el corazón del maravilloso proyecto de Dios para el hombre, un diseño armónico capaz de abrazar toda la creación. Sin embargo, el ser humano se ha alejado del Creador y del orden establecido por Él. A partir de esto se originaron problemas y desequilibrios, que en la narración bíblica van uno detrás del otro: peleas y homicidios entre hermanos (cf. *Gn* 4), desórdenes y devastaciones ambientales (cf. *Gn* 6-9), soberbia y contrastes en la sociedad humana (cf. *Gn* 11). En resumen, un diluvio de maldad y de muerte que brota del corazón del hombre, de la chispa maligna desencadenada por el mal que está agazapado a la puerta de su corazón (cf. *Gn* 4,7), para incendiar el jardín armónico del mundo. Pero este mal tiene su raíz en el rechazo a Dios y al hermano, en el perder de vista al Autor de la vida y en el no reconocernos ya como custodios de los hermanos. Por eso las dos preguntas que hemos escuchado siguen siendo siempre válidas y, más allá del credo que se profese, interpelan a cada vida y a cada época: «¿Dónde estás?» (*Gn* 3,9), «¿Dónde está tu hermano?» (*Gn* 4,9).

Queridos amigos, hermanos en Abraham, creyentes en el único Dios, los males sociales e internacionales, los económicos y los personales, así como la dramática crisis ambiental que caracteriza los tiempos actuales y sobre la que hoy se ha reflexionado, provienen

a fin de cuentas del alejamiento de Dios y del prójimo. Por lo tanto, nosotros tenemos una tarea única, imprescindible, la de ayudar a reencontrar estas fuentes de vida olvidadas, de volver a llevar a la humanidad a beber de esta sabiduría antigua, de volver a acercar a los fieles a la adoración del Dios del cielo y también acercarlos a los hombres, para quienes Él hizo la tierra.

Y esto, ¿de qué manera? Nuestros medios son básicamente dos: la oración y la fraternidad. Estas son nuestras armas, humildes y eficaces. No nos debemos dejar tentar por otros instrumentos, por atajos indignos del Altísimo, cuyo nombre de Paz es insultado por quienes creen en las razones de la fuerza y alimentan la violencia, la guerra y el mercado de armas, “el comercio de la muerte” que, con grandes sumas de dinero cada vez mayores, está transformando nuestra casa común en un gran arsenal. Cuántas tramas oscuras y cuántas dolorosas contradicciones hay detrás de todo esto. Pensemos, por ejemplo, en cuántas personas se ven obligadas a migrar de su propia tierra a causa de los conflictos financiados por la compra de armamento anticuado a precios asequibles, para luego ser identificadas y rechazadas en otras fronteras por medio de equipamiento militar siempre más sofisticado. Y de esta manera la esperanza es asesinada doblemente. Pues bien, delante de estos escenarios trágicos, mientras el mundo sigue las quimeras de la fuerza, del poder y del dinero, nosotros estamos llamados a recordar, con la sabiduría de los ancianos y de los padres, que Dios y el prójimo son lo primero y más importante, que sólo la trascendencia y la fraternidad nos salvan. Depende de nosotros volver a abrir esas fuentes de vida, pues de lo contrario el desierto de la humanidad será siempre más árido y mortífero. Sobre todo, depende de nosotros dar testimonio, más con los hechos que con las palabras, de que creemos en esto, en estas dos verdades. Tenemos una gran responsabilidad ante Dios y los hombres, y debemos ser modelos creíbles de lo que predicamos, no sólo en nuestras comunidades y en nuestra casa —ya no es suficiente— sino en el mundo unificado y globalizado. Nosotros, que descendemos de Abraham, padre de los pueblos en la fe, no podemos preocuparnos sólo por “los nuestros”, sino que, cada vez más unidos, hemos de dirigirnos a la entera comunidad humana que puebla la tierra. Porque, en realidad, todos se hacen, al menos en lo secreto del corazón, las mismas grandes preguntas: ¿quién es el hombre?, ¿por qué el dolor, el mal, la muerte, la injusticia?, ¿qué hay después de esta vida? Para muchos, anestesiados por un materialismo práctico y por un consumismo paralizante, estos mismos interrogantes yacen adormecidos, mientras que para otros están silenciados por las plagas deshumanas del hambre y de la pobreza. Miremos el hambre y la pobreza de hoy. Que entre los motivos que olvidan lo importante no se incluya nuestra negligencia, el escándalo de ocuparnos de otras cosas y no de anunciar al Dios que da paz a la vida y la paz que da vida a los hombres. Hermanos y hermanas, apoyémonos en esto mutuamente, demos seguimiento a nuestro encuentro del día de hoy, caminemos juntos. Seremos bendecidos por el Altísimo y por las creaturas más pequeñas y débiles que Él prefiere: por los pobres, los niños y los jóvenes, quienes después de tantas noches oscuras, esperan el surgir de un amanecer de luz y de paz. Gracias.

El Papa Francisco en Baréin

Encuentro ecuménico en la catedral de Nuestra Señora de Arabia

La unidad no es uniformidad sino armonía en las diferencias

El segundo día del viaje del Papa se concluyó el encuentro ecuménico y la oración por la paz en la catedral de Nuestra Señora de Arabia, en Awali. Francisco acudió allí la tarde del viernes 4 de noviembre —después del encuentro con la mezquita con los miembros del Consejo Musulmán de Anciano— y dirigiéndose a los presentes pronunció el siguiente discurso.

Alteza Real,
Señor Ministro de Justicia,
gracias por su presencia
que nos honra:

«Partos, medos y elamitas, los que habitamos en la Mesopotamia o en la misma Judea, en Capadocia, en el Ponto y en Asia Menor, en Frigia y Panfilia, en Egipto, en la Libia Cirenaica, los peregrinos de Roma, judíos y prosélitos, cretenses y árabes, todos los oímos proclamar en nuestras lenguas las maravillas de Dios» (*Hch* 2,9-11). Santidad, querido Hermano Bartolomé, queridos hermanos y hermanas, estas palabras parecen escritas para nosotros hoy; que de tantos pueblos y de tantas lenguas, de tantas partes y de tantos ritos, estamos aquí juntos, y lo estamos por las grandes obras realizadas por Dios. —Estamos en paz, como en aquella mañana de Pentecostés, en la que no se entendía nada—. En Jerusalén, el día de Pentecostés, aun proviniendo de muchas regiones, se sentían unidos en un solo Espíritu. Hoy, como entonces, la variedad de orígenes y lenguas no es un problema, sino una ventaja. Escribía un autor antiguo que, cuando «alguien dijera a uno de vosotros: ‘Si has recibido el Espíritu Santo, ¿por qué no hablas en todos los idiomas?’», deberás responderle: ‘Es cierto que hablo todos los idiomas, porque estoy en el cuerpo de Cristo, es decir, en la Iglesia, que los habla todos’» (*Discurso de un autor africano del siglo VI: PL* 65,743). Hermanos, hermanas, esto también vale para nosotros, «porque todos hemos sido bautizados en un solo Espíritu para formar un solo cuerpo» (1 *Co* 12,13). Desafortunadamente, con nuestras laceraciones hemos herido el cuerpo santo del Señor, pero el Espíritu Santo, que une todos los miembros, es más grande que nuestras divisiones carnales. Por eso es correcto decir que lo que nos une supera con creces lo que nos separa, y que cuanto más caminemos según el Espíritu, más nos inclinaremos a desear y, con la ayuda de Dios, a restablecer la unidad plena entre nosotros.

Volvamos al texto de Pentecostés. Al meditarlo, resonaron en mí dos elementos que me parecen útiles para nuestro camino de comunión y que me gustaría compartir con ustedes. Estos son la unidad en la diversidad y el testimonio de vida. La unidad en la diversidad. Dicen los Hechos de los Apóstoles que, en Pentecostés, los discípulos «estaban todos reunidos en el mismo

lugar» (2,1). Observamos cómo el Espíritu, que se posa sobre cada uno, elige sin embargo el momento en el que están todos juntos. Podían adorar a Dios y hacer el bien al prójimo incluso por separado, pero es al converger en la unidad cuando las puertas se abren de par en par a la obra de Dios. El pueblo cristiano está llamado a reunirse para que las maravillas de Dios se hagan realidad. Estar aquí, en Baréin, como pequeño rebaño de Cristo, disperso en diversos lugares y denominaciones, nos ayuda a percibir la necesidad de la unidad, de compartir la fe. Del mismo modo que en este archipiélago no faltan conexiones estables entre las islas, que sea también así entre nosotros, para no estar aislados, sino en comunión fraterna.

Hermanos y hermanas, me pregunto: ¿cómo hacer para acrecentar la unidad, si la historia, las tradiciones, los compromisos y las distancias parecerían atraernos hacia otras partes? ¿Cuál es el “punto de encuentro”, el “cenáculo espiritual” de nuestra comunión? Es la alabanza a Dios, que el Espíritu suscita en todos. La oración de alabanza no aísla, no encierra en uno mismo y en las propias necesidades, sino que nos introduce en el corazón del Padre y, de esta manera, nos conecta con todos nuestros hermanos y hermanas. La oración de alabanza y adoración es la más elevada; gratuita e incondicional, atrae la alegría del Espíritu, purifica el corazón, restablece la armonía, recompone la unidad. Es el antídoto contra la tristeza, contra la tentación de dejarnos afectar por nuestra pobreza interior y la pobreza exterior de nuestros números. El que alaba no se fija en la pequeñez del rebaño, sino en la belleza de ser los pequeños del Padre. La alabanza, que permite al Espíritu derramar su consuelo sobre nosotros, es un buen remedio contra la soledad y la nostalgia de estar lejos de casa. Nos permite sentir la

cercanía del Buen Pastor, aun cuando pesa la falta de pastores que estén al alcance, que es frecuente en estos lugares. El Señor, precisamente en nuestros desiertos, ama abrir caminos nuevos e imaginables y hacer brotar manantiales de agua viva (cf. *Is* 43,19). La alabanza y la adoración nos conducen allí, a las fuentes del Espíritu, reconduciéndonos a los orígenes, a la unidad.

Les hará bien seguir alimentando la alabanza a Dios, para ser cada vez más signo de unidad para todos los cristianos. Que se continúe también con la hermosa costumbre de poner los edificios de culto a disposición de otras comunidades para adorar al único Señor. De hecho, no sólo aquí en la tierra, sino también en el cielo hay una estela de alabanza que nos une. Es la de los muchos mártires cristianos de diversas denominaciones —¡cuántos ha habido en estos últimos años en Oriente Medio y en todo el mundo!, ¡cuántos! Ahora forman un solo cielo repleto de estrellas, que indica el sendero a los que caminan por los desiertos de la historia. Tenemos la misma meta; todos estamos llamados a la plenitud de la comunión en Dios.

Pero recordemos que la unidad, hacia la que vamos caminando, está en la diferencia. Y esto es importante tenerlo en cuenta: la unidad no está en ser “todos iguales”, no, está en la diferencia. El relato de Pentecostés señala que cada uno oía a los Apóstoles hablar «en su propia lengua» (*Hch* 2,6); el Espíritu no acuña un lenguaje idéntico para todos, sino que permite a cada uno hablar las lenguas de los demás (cf. v. 4) y hace posible que cada uno oiga la suya hablada por los demás (cf. v. 11). Es decir, no nos encierra en la uniformidad, sino que nos dispone a acogernos en las diferencias. Esto acontece a quien vive según el Espíritu; aprende a encontrarse con cada hermano y hermana en la fe como parte del cuerpo al



que pertenece. Este es el espíritu del camino ecuménico. Queridos amigos, preguntémosnos a nosotros mismos cómo vamos haciendo este camino. Yo, pastor, ministro, fiel, ¿soy dócil a la acción del Espíritu? ¿Vivo el ecumenismo como una carga, como un compromiso adicional, como un deber institucional, o como el anhelo urgente de Jesús de que lleguemos a ser «uno» (*Jn* 17,21), como una misión que brota del Evangelio? Concretamente, ¿qué hago por aquellos hermanos y hermanas que creen en Cristo pero que no son de los “míos”? ¿Los conozco, los busco, me intereso por ellos? ¿Mantengo las distancias y actúo con formalidad, o intento comprender su historia y apreciar sus particularidades, sin considerarlos obstáculos insalvables? Después de la unidad en la diversidad, pasamos al segundo elemento: el testimo-

nio de vida. En Pentecostés los discípulos se abrieron, salieron del Cenáculo. Desde ahí irán hacia el mundo entero. Jerusalén, que parecía su punto de llegada, se convirtió en el punto de partida de una aventura extraordinaria. El miedo que los encerró en sus casas quedó como un recuerdo lejano; ahora van a todas partes, pero no para distinguirse de los demás, ni tampoco para revolucionar el orden de las sociedades y la estructura del mundo, sino para irradiar en cada rincón, a través de sus vidas, la belleza del amor de Dios. De hecho, nuestro testimonio no es tanto un discurso que se realiza con palabras, sino que se muestra con hechos; la fe no es un privilegio que se ha de reclamar, sino un don que se debe compartir. Como dice un texto antiguo, los cristianos «no tienen ciudades propias, ni utilizan un hablar insólito, ni llevan un género de vida distinto, [...]

toda tierra extraña es patria para ellos [...]». Viven en la tierra, pero su ciudadanía está en el cielo. Obedecen las leyes establecidas, y con su modo de vivir superan estas leyes. Aman a todos» (*Carta a Diogneto*, v). Aman a todos. Ese es el distintivo cristiano, la esencia del testimonio. Estar aquí en Baréin les ha permitido a muchos de ustedes redescubrir y practicar la auténtica sencillez de la caridad. Pienso en la asistencia ofrecida a los hermanos y hermanas que llegan; en una presencia cristiana que, en la humildad de cada día, da testimonio, en los ambientes de trabajo, de comprensión y paciencia, de alegría y mansedumbre, de benevolencia y de espíritu de diálogo. En una palabra, de paz.

Será bueno también para nosotros preguntarnos sobre nuestro testimonio, porque con el paso del tiempo se puede ir adelante por inercia y perder entusiasmo en mostrar a Jesús a través del espíritu de las Bienaventuranzas, la coherencia, la bondad de vida y la conducta pacífica. Preguntémosnos, ahora que rezamos juntos por la paz: ¿somos realmente personas de paz? ¿Estamos habitados por el deseo de manifestar en todas partes la mansedumbre de Jesús, sin esperar nada a cambio? ¿Hacemos nuestros, llevándolos en nuestros corazones y en nuestras oraciones, los cansancios, las heridas y la desunión que vemos a nuestro alrededor?

Hermanos y hermanas, he querido compartir con ustedes estas reflexiones sobre la unidad —que es fortalecida por la alabanza— y sobre el testimonio —que es robustecido por la caridad—. La unidad y el testimonio son coesenciales. No podemos dar verdadero testimonio del Dios del amor si no estamos unidos entre nosotros como Él quiere; y no podemos estar unidos permaneciendo cada uno por su lado, sin abrirnos al testimonio, sin ampliar las fronteras de nuestros intereses y de nuestras comunidades en nombre del Espíritu que abraza a todas las lenguas y quiere llegar a cada uno. Me permito añadir una reflexión: ese día, el Espíritu Santo creó una gran diversidad, que parecía un gran desorden. Sin embargo, el mismo Espíritu que da la diversidad de los carismas es el mismo que crea la unidad, la unidad como armonía. El Espíritu es la armonía, como decía un gran Padre de la Iglesia: “*Ipse harmonia est*”, Él es la armonía. Por eso rezamos, para que se dé entre nosotros esta armonía.

Él une y envía, reúne en comunión y manda en misión. Confiémosle en la oración nuestro itinerario común e invoquemos sobre nosotros su efusión, un renovado Pentecostés que nos dé miradas nuevas y pasos ágiles en nuestro camino de unidad y de paz.





El Papa Francisco en Baréin

La misa en el estadio de Awali

Romper la cadena del mal y la espiral de la violencia

Con la celebración eucarística en el Estadio Nacional de Baréin se abrió la tercera jornada del viaje papal. Frente a treinta mil personas de 111 nacionalidades, el Pontífice presidió la misa por la paz y la justicia, pronunciando en español la homilía que publicamos a continuación.

El profeta Isaías dice que Dios hará surgir un Mesías, cuya «soberanía será grande, y habrá una paz sin fin» (Is 9,6). Parece una contradicción, ya que, de hecho, en la apariencia de este mundo (cf. 1 Co 7,31), lo que muchas veces vemos es que cuanto más se busca el poder, más amenazada está la paz. En cambio, el profeta da un anuncio extraordinariamente novedoso: el Mesías que llega es poderoso, sí, pero no a la manera de un caudillo que trae la guerra y domina a los otros, sino en cuanto «Príncipe de la paz» (v. 5), como Aquel que reconcilia a los hombres con Dios y entre ellos. La grandeza de su poder no usa la fuerza de la violencia, sino la debilidad del amor. Y este es el poder de Cristo: el amor. Y también a nosotros Él nos confiere el mismo poder, el poder de amar, de amar en su nombre, de amar como Él ha amado. ¿Cómo? De manera incondicional, no solo cuando todo va bien y sentimos el deseo de amar, sino siempre; no solo a nuestros amigos y vecinos, sino a todos, incluso a los enemigos. Siempre y a todos. Amar siempre y amar a todos, reflexionemos un poco sobre esto.

En primer lugar, hoy las palabras de Jesús (cf. Mt 5,38-48) nos invitan a amar siempre, es decir, a permanecer siempre en su amor, a cultivarlo y practicarlo cualquiera que sea la situación que vivimos. Pero, atención, la mirada de Jesús es concreta; no dice que será fácil y no propone un amor sentimental o romántico, como si en nuestras relaciones humanas no existiesen momentos de conflicto y entre los pueblos no hubiera motivos de hostilidad. Jesús no es irenista, sino realista, habla explícitamente de «los que les hacen el mal» y de «enemigos» (vv. 39-43). Sabe que en nuestras relaciones tiene lugar una lucha cotidiana entre el amor y el odio; y que también dentro de nosotros, cada día, se verifica un combate entre la luz y las tinieblas, entre muchos propósitos y deseos de bien y esa fragilidad pecaminosa que frecuentemente nos domina y nos arrastra hacia las obras del mal. Sabe también qué es lo que experimentamos cuando, a pesar de tantos esfuerzos generosos, no recibimos el bien que nos esperábamos, sino que, incomprensiblemente,

sufrimos un daño. E, incluso, ve y sufre observando en nuestros días, en tantas partes del mundo, formas de ejercer el poder que se nutren del abuso y la violencia, que buscan aumentar su propio espacio restringiendo el de los demás, imponiendo su dominio, limitando las libertades fundamentales y oprimiendo a los débiles. Por tanto —dice Jesús— existen conflictos, opresiones y enemistades. Frente a todo esto, la pregunta importante que debemos hacernos es: ¿qué hacer cuando nos encontramos en estas situaciones? La propuesta de Jesús es sorprendente, es atrevida, es audaz. Él pide a los suyos la valentía de arriesgarse por algo que aparentemente parece la opción perdedora. Pide que permanezcamos siempre, fielmente, en el amor, a pesar de todo, incluso ante el mal y el enemigo. Reaccionar de una forma simplemente humana nos encadena al “ojo por ojo, diente por diente”, pero eso significa hacer justicia con las mismas armas del mal que recibimos. Jesús se atreve a proponernos algo nuevo, distinto, im-

pensable, algo suyo: «Yo les digo que no hagan frente al que les hace mal; al contrario, si alguien te da una bofetada en la mejilla derecha, preséntale también la otra» (v. 39). Esto nos pide el Señor, no que soñemos con un mundo irénicamente animado por la fraternidad, sino que nos comprometamos en primera persona, empezando por vivir concreta y valientemente la fraternidad universal, perseverando en el bien incluso cuando recibimos el mal, rompiendo la espiral de la venganza, desarmando la violencia, desmilitarizando el corazón. El apóstol Pablo se hace eco de esto cuando escribe: «No te dejes vencer por el mal. Por el contrario, vence al mal, haciendo el bien» (Rm 12,21).

Por tanto, la invitación de Jesús no se refiere en primer lugar a las grandes cuestiones de la humanidad, sino a las situaciones concretas de nuestra vida: a nuestros lazos familiares, a las relaciones en la comunidad cristiana, a los vínculos que se cultivan en la realidad laboral y social en la que nos encontramos. Habrá fricciones, momentos de tensión, habrá conflictos, visiones distintas, pero quien sigue al Príncipe de la paz debe buscar siempre la paz. Y no se puede restablecer la paz si a una palabra ofensiva se responde con otra palabra todavía peor, si a una bofetada se le sigue otra. No, es necesario “desactivar”, quebrar la cadena del mal, romper

la espiral de violencia, dejar de albergar rencores, dejar de quejarse y compadecerse de sí mismo. Hay que permanecer en el amor, siempre, es el camino de Jesús para dar gloria al Dios del cielo y construir la paz en la tierra. Amar siempre. Tomemos ahora el segundo aspecto: amar a todos. Podemos comprometernos en el amor, pero no es suficiente si lo reducimos al estrecho ámbito de aquellos de quienes recibimos ese mismo amor, es decir, de nuestros amigos, de nuestros semejantes, familiares. También en este caso la invitación de Jesús es sorprendente, porque extiende las fronteras de la ley y del sentido común. Amar al prójimo, al que tenemos cerca de nosotros, aunque es razonable, es ya difícil. En general, es lo que una comunidad o un pueblo intentan hacer para conservar la paz internamente. Si uno pertenece a la misma familia o a la misma nación, si se tienen las mismas ideas o los mismos gustos, si se profesa el mismo credo, es normal procurar ayudarse y quererse. Pero, ¿qué sucede si el que está lejos se nos acerca, si el extranjero, el que es diferente o de otro credo se convierte en nuestro vecino de casa? Esta tierra es precisamente una imagen viva de la convivencia en la diversidad, de nuestro mundo cada vez más marcado por la permanente migración de los pueblos y del pluralismo de las ideas, de los usos y de las tradi-

ciones. Es importante, entonces, acoger esta provocación de Jesús: «Si ustedes aman solamente a quienes los aman, ¿qué recompensa merecen? ¿No hacen lo mismo los publicanos?» (Mt 5,46). El verdadero desafío para ser hijos del Padre y construir un mundo de hermanos es aprender a amar a todos, incluso a los enemigos: «Ustedes han oído que se dijo: Amarás a tu prójimo y odiarás a tu enemigo. Pero yo les digo: Amen a sus enemigos, rueguen por sus perseguidores» (vv. 43-44). Esto, en realidad, significa elegir no tener enemigos, no ver en el otro un obstáculo que se debe superar, sino un hermano y una hermana a quien amar. Amar al enemigo es llevar a la tierra el reflejo del cielo, es hacer bajar sobre el mundo la mirada y el corazón del Padre, que no hace distinciones, no discrimina, sino que «hace salir el sol sobre malos y buenos y hace caer la lluvia sobre justos e injustos» (v. 45). Hermanos, hermanas, el poder de Jesús es el amor y Jesús nos da el poder de amar así, de un modo que a nosotros nos parece sobrehumano. Pero una capacidad semejante no puede ser solo fruto de nuestros esfuerzos, es ante todo una gracia. Una gracia que se debe pedir con insistencia: “Jesús, tú que me amas, enséñame a amar como tú. Jesús, tú que me perdonas, enséñame a perdonar como tú. Manda sobre mí tu Espíritu, el Espíritu del amor”. Pidamos esto.

Porque tantas veces presentamos al Señor muchas peticiones, pero esto es lo esencial para el cristiano, saber amar como Cristo. Amar es el don más grande, y lo recibimos cuando damos espacio al Señor en la oración, cuando acogemos su presencia en su Palabra que nos trasforma y en la revolucionaria humildad de su Pan partido. Así, lentamente, caen las murallas que endurecen nuestro corazón y encontramos la alegría de practicar obras de misericordia para con todos. Entonces comprendemos que una vida dichosa pasa a través de las bienaventuranzas, y consiste en ser constructores de paz (cf. Mt 5,9). Queridos amigos, quisiera agradecer vuestro sereno y alegre testimonio de fraternidad, para ser en esta tierra semilla del amor y de la paz.

Es el desafío que el Evangelio entrega cada día a nuestras comunidades cristianas, a cada uno de nosotros. Y a ustedes, a todos los que han venido a esta celebración desde los cuatro países del Vicariato Apostólico de Arabia del Norte —Baréin, Kuwait, Qatar y Arabia Saudita—, así como de otros países del Golfo, y también de otros territorios, les traigo hoy el afecto y la cercanía de la Iglesia universal, que los mira y los abraza, los quiere y los alienta.

Que la Virgen Santa, Nuestra Señora de Arabia, los acompañe en el camino y los guarde siempre en el amor hacia los demás.

El encuentro con los jóvenes

Sembradores de fraternidad y cosechadores de futuro

En la escuela del Sagrado Corazón, en Awali, el Papa Francisco encontró a los jóvenes del país en la tarde del sábado 5 de noviembre. Después de la presentación de la directora del instituto y los testimonios de tres jóvenes, el Pontífice pronunció el siguiente discurso.

Queridos amigos, hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Les agradezco que estén aquí, de muchas naciones y con tanto entusiasmo. Quisiera agradecer a Sor Rosalyn sus palabras de bienvenida y la dedicación con la que, junto con muchos otros, dirige este Colegio del Sagrado Corazón. Y me alegro de haber visto en el Reino de Baréin un lugar de encuentro y diálogo entre diferentes culturas y credos. Y en este momento, mirándolos a ustedes, que no son de la misma religión y no tienen miedo de estar juntos, pienso que sin ustedes esta convivencia de las diferencias no sería posible. ¡Y no tendría futuro! En la masa del mundo, ustedes son la buena levadura destinada a crecer, a superar tantas barreras sociales y culturales, y a promover gérmenes de fraternidad y novedad. Jóvenes, ustedes son los que, como viajeros inquietos y abiertos a lo inédito, no tienen miedo de enfrentarse, dialo-

gar, “hacer ruido” y mezclarse con los demás, convirtiéndose en la base de una sociedad amiga y solidaria. Y esto, queridos amigos, es fundamental en los contextos complejos y plurales en los que vivimos; derribar algunas barreras para inaugurar un mundo más conforme al hombre, más fraternal, aun cuando esto suponga enfrentar muchos retos. A este respecto, tomando como referencia sus testimonios y sus preguntas, me gustaría dirigirles tres pequeñas invi-

taciones, no tanto para enseñarles algo sino para animarlos. La primera invitación es a abrazar la cultura del cuidado. Sor Rosalyn utilizó esta expresión: “cultura del cuidado”. Hacerse cargo, cuidar, significa desarrollar una actitud interior de empatía, una mirada atenta que nos lleva a salir de nosotros mismos, una presencia amable que supera la indiferencia y nos impulsa a interesarnos por los demás. Este es el punto de inflexión, el comienzo de la novedad,

el antídoto contra un mundo cerrado que, impregnado de individualismo, devora a sus hijos; contra un mundo prisionero de la tristeza, que genera indiferencia y soledad. Me permito decirles, ¡cuánto daño hace el espíritu de tristeza! Porque si no aprendemos a hacernos cargo de lo que nos rodea —de los demás, de la ciudad, de la sociedad, de la creación— terminamos pasando la vida como los que corren, se afanan, hacen muchas cosas, pero, al final, se quedan tristes y solos porque nunca han experimentado en profundidad la alegría de la amistad y de la gratuidad. Y no le han dado al mundo aquel toque único de belleza que sólo él, o ella, y nadie más podría darle. Como cristiano, pienso en Jesús y veo que sus acciones estuvieron siempre animadas por el cuidado. Cuidó las relaciones con todos los que encontraba en las casas, en los pueblos y en los caminos. Miraba a la gente a los ojos, escuchaba sus peticiones de ayuda, se acercaba y tocaba sus heridas. Ustedes, ¿miran a la gente a los ojos? Jesús entró en la historia para decirnos que el Altísimo cuida de nosotros; para recordarnos que estar del lado de Dios significa hacerse cargo



El Papa Francisco en Baréin

El encuentro con los obispos, el clero, los consagrados, los seminaristas y los trabajadores pastorales

Alegría, unidad, profecía

La oración por los pueblos de Oriente Medio, Etiopía y Ucrania

El último encuentro público, antes de la ceremonia de despedida, del 39º viaje apostólico internacional del Papa fue -en la mañana del domingo 6 de noviembre- el encuentro con los obispos, los sacerdotes, los consagrados, los seminaristas y los trabajadores de pastoral en Manama, en la iglesia del Sagrado Corazón. A continuación el discurso del Pontífice.

Queridos obispos, sacerdotes, consagrados, seminaristas y agentes de pastoral, ¡buenos días!

Estoy contento de encontrarme entre ustedes, en esta comunidad cristiana que manifiesta bien su rostro “católico”, es decir, universal; una Iglesia formada por personas provenientes de muchas partes del mundo, que se reúnen para confesar la única fe en Cristo. Mons. Hinder, a quien agradezco su servicio y sus palabras, habló ayer de «un pequeño rebaño constituido por migrantes». Así que, saludando a cada uno de ustedes, pienso también en sus pueblos de pertenencia, en sus familias, que llevan en el corazón con un poco de nostalgia, en sus países de origen. En particular, viendo aquí presentes a fieles del Líbano, aseguro mi oración y cercanía a ese amado país, tan cansado y tan probado, y a todos los pueblos que sufren en Oriente Medio. Es hermoso pertenecer a una Iglesia formada de historias y rostros diversos que encuentran armonía en el único rostro de Jesús. Y dicha variedad —que he visto en estos días— es el espejo de este país, de la gente que habita en él, así como del paisaje que lo caracteriza y que, aun dominado por el desierto, posee una rica y variada presencia de plantas y de seres vivos.

Las palabras de Jesús que hemos escuchado hablan del agua viva que brota de Cristo y de los creyentes (cf. *Jn* 7,37-39). Me hicieron pensar precisamente en esta tierra. Es verdad, hay mucho desierto, pero también hay manantiales de agua dulce que corren silenciosamente en el subsuelo, irrigándolo. Es una hermosa imagen de lo que son ustedes y sobre todo de lo que la fe realiza en la vida; emerge a la superficie nuestra humanidad, demarcada por muchas fragilidades, miedos, desafíos que debe afrontar, males personales y sociales de distinto tipo; pero en el fondo del alma, bien adentro, en lo íntimo del corazón, corre serena y silenciosa el agua dulce del Espíritu, que riega nuestros desiertos, vuelve a dar vigor a lo que amenaza con secarse, lava lo que nos degrada, sacia nuestra sed de felicidad. Y siempre renueva la vida. Esta es el agua viva de la que habla Jesús, esta es la fuente de vida nueva que nos promete: el don del Espíritu Santo, la presencia tierna, amorosa y revitalizadora de Dios en nosotros.

Nos hace bien, pues, detenernos en la escena que describe el Evangelio. Jesús se encon-

traba en el templo de Jerusalén, donde se estaba celebrando una de las fiestas más importantes, durante la cual el pueblo bendecía al Señor por el don de la tierra y de las cosechas, haciendo memoria de la Alianza. En ese día de fiesta se realizaba un rito importante: el sumo sacerdote se dirigía a la piscina de Siloé, sacaba agua y luego, mientras el pueblo cantaba y exultaba, la derramaba fuera de los muros de la ciudad para indicar que de Jerusalén iba a fluir una gran bendición para todos. En efecto, sobre Jerusalén el salmista había di-

—todo es gracia—, todo viene del Espíritu Santo. Permítanme, entonces, detenerme brevemente con ustedes sobre tres grandes dones que el Espíritu Santo nos da y nos pide que acojamos y vivamos: la alegría, la unidad y la profecía. La alegría, la unidad y la profecía. En primer lugar, el Espíritu es fuente de alegría. El agua dulce que el Señor quiere hacer correr en los desiertos de nuestra humanidad, amasada de tierra y de fragilidad, es la certeza de no estar nunca solos en el camino de la vida. En efecto, el Espíritu es Aquel que no nos

importante que, además de la liturgia, particularmente en la celebración de la Misa, fuente y cumbre de la vida cristiana (cf. *Sacrosanctum Concilium*, 10), hagamos circular la alegría del Evangelio también a través de una acción pastoral dinámica, especialmente para los jóvenes, las familias y las vocaciones a la vida sacerdotal y religiosa. La alegría cristiana no se puede retener para uno mismo; sólo cuando la hacemos circular, se multiplica.

En segundo lugar, el Espíritu Santo es fuente de unidad. Los que lo acogen reciben el amor

del Espíritu Santo es armonía. Si hemos recibido el Espíritu, nuestra vocación eclesial es principalmente la de cuidar la unidad y cultivar el conjunto, es decir —como dice san Pablo— «conservar la unidad del Espíritu, mediante el vínculo de la paz. Hay un solo Cuerpo y un solo Espíritu, así como hay una misma esperanza, a la que hemos sido llamados» (*Ef* 4,3-4).

En su testimonio, Chris ha dicho que, cuando era muy joven, lo que le había fascinado de la Iglesia católica era «la devoción común de todos los fieles»; todos reunidos en una sola familia, todos para cantar las alabanzas del Señor, sin importar el color de la piel, la procedencia geográfica o el idioma. Esta es la fuerza de la comunidad cristiana, el primer testimonio que podemos dar al mundo. ¡Tratemos de ser custodios y constructores de unidad! Para ser creíbles en el diálogo con los demás, vivamos la fraternidad entre nosotros. Hagámoslo en las comunidades, valorando los carismas de todos sin mortificar a nadie; hagámoslo en las casas religiosas, como signos vivos de concordia y de paz; hagámoslo en las familias, de modo que el vínculo de amor del sacramento se traduzca en actitudes cotidianas de servicio y de perdón; hagámoslo también en la sociedad multirreligiosa y multicultural en la que vivimos. Estemos siempre en favor del diálogo, —siempre—, seamos tejedores de comunión con los hermanos de otros credos y confesiones. Sé que en este camino ustedes ya dan un hermoso ejemplo, pero la fraternidad y la comunión son dones que no debemos cansarnos de pedir al Espíritu, para rechazar las tentaciones del enemigo, que siempre siembra cizaña.

Por último, el Espíritu es fuente de profecía. La historia de la salvación, como sabemos, está repleta de numerosos profetas que Dios llama, consagra y envía en medio del pueblo para que hablen en su nombre. Los profetas reciben del Espíritu Santo la luz interior que los hace intérpretes atentos de la realidad, capaces de captar dentro de las tramas, a menudo oscuras, de la historia, la presencia de Dios, e indicarla al pueblo. Con frecuencia las palabras de los profetas son penetrantes; llaman por su nombre a los proyectos de mal que se anidan en el corazón de la gente, ponen en crisis las falsas seguridades humanas y religiosas, e invitan a la conversión.

También nosotros tenemos esta vocación profética; todos los bautizados han recibido el Espíritu y todos son profetas. Y como tales no podemos fingir que no vemos las obras del mal, quedarnos en una “vida tranquila” para no ensuciarnos las manos. Un cristiano tarde o temprano debe ensuciarse las manos para vivir bien su vida

cristiana y dar buen testimonio. Por el contrario, hemos recibido un Espíritu de profecía para manifestar el Evangelio con nuestro testimonio de vida. Por eso san Pablo exhorta: «Aspiren a los dones espirituales, sobre todo al de profecía» (1 Co 14,1). La profecía nos hace capaces de practicar las bienaventuranzas evangélicas en las situaciones de cada día, es decir, de edificar con firme mansedumbre ese Reino de Dios en el que el amor, la justicia y la paz se oponen a toda forma de egoísmo, de violencia y de degradación. He apreciado que Sor Rose haya hablado del ministerio con las mujeres que se encuentran detenidas en las cárceles. ¡Esto es hermoso! Una posibilidad que debemos agradecer. La profecía que edifica y conforta a estas personas consiste en compartir con ellas el tiempo, anunciarles la Palabra del Señor, rezar con ellas. Es prestarles atención, porque allí donde hay hermanos necesitados, como los presos, está Jesús, Jesús herido en cada persona que sufre (cf. *Mt* 25,40). ¿Sabes lo que pienso cuando entro en una cárcel? “¿Por qué ellos y no yo?”. Es la misericordia de Dios. Pero hacerse cargo de los detenidos nos ayuda a todos, como comunidad humana, porque según cómo se trate a los últimos es como se mide la dignidad y la esperanza de una sociedad.

Queridos hermanos y hermanas, en estos meses estamos rezando mucho por la paz. En este contexto, el acuerdo firmado sobre la situación de Etiopía constituye una esperanza. Animo a todos a sostener este compromiso por una paz duradera, para que, con la ayuda de Dios, se sigan recorriendo los caminos del diálogo y el pueblo vuelva pronto a encontrar una vida serena y digna. Y además no quiero dejar de rezar y pedirles que recen por la martirizada Ucrania, para que esa guerra termine.

Y ahora, queridos hermanos y hermanas, hemos llegado al final. Quisiera decirles “gracias” por estos días vividos juntos. ¡No olviden la alegría, la unidad y la profecía! —No las olviden—. Con el corazón lleno de gratitud los bendigo a todos, especialmente a cuantos han trabajado por este viaje. Y, viendo que estas son las últimas palabras públicas que pronuncio, permítanme agradecer a Su Majestad el Rey y a las autoridades de este país —también el Ministro de Justicia, aquí presente— por la exquisita hospitalidad. Los animo a seguir con constancia y alegría su camino espiritual y eclesial. Y ahora invoquemos la intercesión maternal de la Virgen María, que me alegra venerar como Nuestra Señora de Arabia. Que Ella nos ayude a dejarnos guiar siempre por el Espíritu Santo y nos mantenga alegres, unidos en el afecto y en la oración. No se olviden de rezar por mí, cuento con ello.



cho: «Todas mis fuentes están en ti» (*Sal* 87,7); y el profeta Ezequiel había hablado de un manantial de agua que, brotando del templo, iba a irrigar y fecundar como un río toda la tierra (cf. *Ez* 47,1-12).

En vista de lo anterior, comprendemos bien qué quiere decirnos el Evangelio de Juan con esta escena: estamos en el último día de la fiesta, Jesús, «poniéndose de pie», exclamó: «El que tenga sed, venga a mí» (*Jn* 7,37), porque «de su seno brotarán manantiales de agua viva» (v. 38). ¡Qué invitación más hermosa! Y el evangelista explica: «Él se refería al Espíritu que debían recibir los que creyeran en él. Porque el Espíritu no había sido dado todavía, ya que Jesús aún no había sido glorificado» (v. 39). Se hace referencia a la hora en que Jesús muere en la cruz. En ese momento, ya no es del templo de piedras, sino del costado abierto de Cristo que saldrá el agua de la vida nueva, el agua vivificante del Espíritu Santo, destinada a regenerar a toda la humanidad liberándola del pecado y de la muerte. Hermanos y hermanas, recordemos siempre esto: la Iglesia nace allí, nace del costado abierto de Cristo, de un baño de regeneración en el Espíritu Santo (cf. *Ti* 3,5). No somos cristianos por nuestros méritos o sólo porque nos adherimos a un credo, sino porque en el Bautismo nos fue donada el agua viva del Espíritu, que nos hace hijos amados de Dios y hermanos entre nosotros, convirtiéndonos en criaturas nuevas. Todo brota de la gracia,

deja solos, es el Consolador; nos alienta con su presencia discreta y benéfica, nos acompaña con amor, nos sostiene en las luchas y en las dificultades, anima nuestros sueños más hermosos y nuestros deseos más grandes, abriéndonos al asombro y a la belleza de la vida. Por eso, la alegría del Espíritu no es un estado ocasional o una emoción del momento; tampoco es esa especie de «alegría consumista e individualista tan presente en algunas experiencias culturales de hoy» (Exhort. ap. *Gaudete et exultate*, 128). En cambio, la alegría en el Espíritu es aquella que nace de la relación con Dios, de saber que, aun en las dificultades y en las noches oscuras que a veces atravesamos, no estamos solos, perdidos o derrotados, porque Él está con nosotros. Y con Él podemos afrontar y superar todo, incluso los abismos del dolor y de la muerte.

A ustedes, que han descubierto esta alegría y la viven en comunidad, quisiera decirles: conservenla, más aún, multipliquenla. ¿Y saben cuál es la mejor manera para hacer esto? Dándola. Sí, es así, la alegría cristiana es contagiosa, porque el Evangelio hace salir de sí mismo para comunicar la belleza del amor de Dios. Por lo tanto, es esencial que en las comunidades cristianas la alegría no decaiga y se comparta; que no nos limitemos a repetir gestos por rutina, sin entusiasmo, sin creatividad. De lo contrario, perderemos la fe y nos convertiremos en una comunidad aburrida, ¡y eso es malo! Es

del Padre y se convierten en sus hijos (cf. *Rm* 8,15-16); y, si son hijos de Dios, son también hermanos y hermanas. No puede haber lugar para las obras de la carne, es decir, del egoísmo; como las divisiones, las peleas, las calumnias, las murmuraciones. Por favor estén atentos al chismorreio, las habladurías destruyen una comunidad. Las divisiones del mundo, y también las diferencias étnicas, culturales y rituales, no pueden dañar o comprometer la unidad del Espíritu. Por el contrario, su fuego destruye los deseos mundanos y enciende nuestras vidas con ese amor acogedor y compasivo con el que Jesús nos ama, para que también nosotros podamos amarnos así entre nosotros. Por eso, cuando el Espíritu del Resucitado desciende sobre los discípulos, se convierte en fuente de unidad y de fraternidad contra todo egoísmo; inaugura el único lenguaje del amor; para que los diversos lenguajes humanos no permanezcan lejanos e incomprensibles; rompe las barreras de la desconfianza y del odio, para crear espacios de acogida y de diálogo; libera del miedo e infunde la valentía de salir al encuentro de los demás con la fuerza desarmada y desarmante de la misericordia.

Esto es lo que hace el Espíritu Santo, modela de este modo a la Iglesia desde sus orígenes. Desde Pentecostés las proce-

El Papa Francisco en Baréin

Sembradores de fraternidad y cosechadores de futuro

VIENE DE LA PÁGINA 5

de alguien y de algo, especialmente de los más necesitados.

Amigos, ¡qué maravilloso es convertirse en especialistas del cuidado y artistas de las relaciones! Pero esto requiere, como todo en la vida, un entrenamiento constante. Así que no se olviden de cuidarse primero a ustedes mismos, no tanto del exterior, sino del interior, la parte más oculta y preciosa de ustedes. ¿Cuál es? El alma, el corazón. ¿Y cómo se hace para cuidar el corazón? Traten de escucharlo en silencio, de encontrar espacios para estar en contacto con su interioridad, para sentir el regalo que son, para acoger su propia existencia y no dejar que se les escape de las manos. Que no les suceda ser “turistas de la vida”, que sólo la miran desde fuera, superficialmente. Y, en silencio, siguiendo el ritmo de vuestro corazón, hablen con Dios. Háblenle de ustedes mismos, y también de aquellos que encuentran cada día y que Él les da como compañeros de viaje. Llévenle los rostros, las situaciones felices y dolorosas, porque no hay oración sin relaciones, como tampoco hay alegría sin amor.

Y el amor –ustedes lo saben– no es una telenovela o una película romántica. Amar es preocuparse por el otro, cuidarlo, ofrecer el propio tiempo y los propios dones a quien lo necesita, arriesgarse para hacer de la vida un regalo que genera ulterior vida. Amigos, por favor, no se olviden nunca de una cosa: todos ustedes –sin excluir a nadie– son un tesoro, un tesoro único y valioso. Por eso, no encierren su vida en una caja fuerte, pensando que es mejor no hacer ningún esfuerzo porque no ha llegado aún el momento de gastarla. Muchos de ustedes están aquí de paso, por razones de trabajo y a menudo por un tiempo determinado. Pero si vivimos con la mentalidad del turista, no aprovechamos el momento presente y nos arriesgamos a desperdiciar trozos enteros de vida. Qué hermoso es, en cambio, dejar ahora una buena huella en el camino, preocupándonos por la comunidad, por los compañeros de clase, por los colegas de trabajo, por la creación. Nos hace bien preguntárnoslo, ¿qué huella estoy dejando ahora, aquí donde vivo, en el lugar donde la Providencia me ha puesto?

Esta es la primera invitación, la cultura del cuidado; si la hacemos nuestra, contribuiremos a que crezca la semilla de la fraternidad. Y esta es la segunda invitación que quisiera hacerles: sembrar fraternidad. Me gustó lo que dijiste Abdulla: “Es necesario ser campeones no sólo en el campo de juego, sino en la vida”. Campeones fuera del campo. Es verdad, ¡sean campeones de fraternidad, fuera del campo! Este es el desafío de hoy para el triunfo de mañana, el desafío de nuestras



sociedades cada vez más globalizadas y multiculturales. Miren, todos los instrumentos y la tecnología que la modernidad nos da no bastan para que el mundo sea pacífico y fraterno. Lo estamos viendo, en efecto, los vientos de guerra no se aplacan con el progreso técnico. Constatamos con tristeza que en muchas regiones las tensiones y las amenazas aumentan, y a veces los conflictos estallan. Pero esto a menudo sucede porque no se trabaja el propio corazón, porque se permite que en las relaciones con los demás las distancias se agranden, y de este mismo modo las diferencias étnicas, culturales, religiosas y de otro tipo se convierten en problemas y temores que aíslan, y no en oportunidades para crecer juntos. Y cuando parecen ser más fuertes que la fraternidad que nos une, se corre el riesgo del enfrentamiento.

A ustedes jóvenes, que son más directos y capaces de establecer contactos y amistades, superando los prejuicios y las barreras ideológicas, quiero decirles: sean sembradores de fraternidad y serán cosechadores de futuro, porque el mundo sólo tendrá futuro en la fraternidad. Es una invitación que encuentro en el centro de mi fe. Dice la Biblia: «¿Cómo puede amar a Dios, a quien no ve, el que no ama a su hermano, a quien ve? Este es el mandamiento que hemos recibido de él: el que ama a Dios debe también amar a su hermano» (1 Jn 4,20-21). Sí, Jesús nos pide que no desvinculemos nunca el amor a Dios del amor al prójimo, haciéndonos nosotros mismos prójimos de todos (cf. Lc 10,29-37). De todos, no sólo de quien me resulta simpático. Vivir como hermanos y hermanas es la vocación universal confiada a toda criatura. Y ustedes, jóvenes –sobre todo ustedes–, frente a la tendencia dominante de permanecer indiferentes y mostrarse intolerantes con los demás, hasta el punto de avalar guerras y conflictos, están llamados a «reaccionar con un nuevo sueño de fraternidad y de amistad social que no se quede en las palabras» (*Fratelli tutti*, 6). Las palabras no son suficientes, se necesitan gestos concretos realizados en lo cotidiano.

Hagámonos algunas preguntas aquí: ¿Soy abierto a los demás? ¿Soy amigo o amiga de alguna persona que no forma parte de mi grupo de intereses, que tiene creencias y costumbres diferentes de las mías? ¿Busco el encuentro o me quedo en lo mío? El camino es el que nos ha señalado Nevin con pocas palabras: “crear buenas relaciones”, con todos. En ustedes, jóvenes, está vivo el deseo de viajar, de conocer nuevas tierras, de superar los límites de los lugares habituales. Quisiera decirles: aprendan a viajar también dentro de ustedes mismos, amplíen las fronteras interiores, para

que se desplomen los prejuicios sobre los demás, se reduzca el espacio de la desconfianza, se derriben los muros del miedo, florezca la amistad fraterna. También en esto déjense ayudar por la oración, que ensancha el corazón y que, abriéndonos al encuentro con Dios, nos ayuda a ver en quién encontramos a un hermano y una hermana. A este respecto, son hermosas las palabras de un profeta que dice: «¿No nos ha creado un solo Dios? ¿Por qué nos traicionamos unos a otros?» (*Ml* 2,10). Sociedades como esta, con una notable riqueza de fe, tradiciones y lenguas diversas, pueden convertirse en “escuelas de fraternidad”. Aquí estamos a las puertas del gran y multiforme continente asiático, al que un teólogo definió como «un continente de lenguas» (A. Pieris, en *Teologia in Asia*, Brescia 2006, 5); ¡sepan armonizarlas en la única lengua, la lengua del amor, como verdaderos campeones de fraternidad!

Quisiera hacerles además una tercera invitación. Se refiere al desafío de tomar decisiones en la vida. Ustedes lo saben bien, por la experiencia de cada día, no existe una vida sin desafíos que afrontar. Y siempre, frente a un desafío, como ante una encrucijada, es necesario elegir, involucrarse, arriesgarse, decidir. Pero esto requiere una buena estrategia, no se puede improvisar viviendo sólo por instinto y al instante. ¿Y cómo se hace para prepararse, para entrenar la capacidad de decidir, la creatividad, la valentía, la perseverancia? ¿Cómo afinar la mirada interior, aprender a juzgar las situaciones, a captar lo esencial? Se trata de crecer en el arte de orientarse en las decisiones, de tomar la dirección correcta. Por eso, la tercera invitación es hacer elecciones en la vida, elecciones justas.

Todo esto me vino a la mente pensando en las preguntas de Merina. Son interrogantes que expresan justamente la necesidad de descubrir la dirección que hay que tomar en la vida. –Por cómo dijo las cosas, ella muestra ser muy valiente– Y puedo compartirles mi experiencia: era un adolescente como ustedes, como todos, y mi vida era la vida normal de un joven. La adolescencia –lo sabemos– es un camino, es una etapa de crecimiento, un periodo en el que nos asomamos a la vida en sus aspectos a veces contradictorios, afrontando ciertos desafíos por primera vez. Y bien, ¿cuál es mi consejo?: ¡sigan adelante sin miedo, y nunca solos! Dos cosas, sigan adelante sin miedo y nunca solos. Dios nunca los deja solos, pero, para darles una mano, espera que se la pidan. Él nos acompaña y nos guía. No con prodigios y milagros, sino hablando delicadamente por medio de nuestros pensamientos y de nuestros sentimientos; y también a través de nuestros profesores, nuestros amigos, nuestros padres

y todas las personas que quieren ayudarnos. Es necesario, entonces, aprender a distinguir su voz. La voz de Dios que nos habla. ¿Cómo aprendemos esto? Como nos decías tú, Merina, por medio de la oración silenciosa, el diálogo íntimo con Él, conservando en el corazón lo que nos hace bien y nos da paz. La paz es un signo de la presencia de Dios. Esta luz de Dios ilumina el laberinto de pensamientos, emociones y sentimientos en el que a menudo nos movemos. El Señor desea iluminar sus inteligencias, sus sentimientos más íntimos, las aspiraciones que tienen en el corazón, las opiniones que maduran dentro de ustedes. Quiere ayudarlos a distinguir lo que es esencial de lo que es superficial, lo que es bueno de lo que es malo para ustedes y para los demás, lo que es justo de lo que genera injusticia y desorden. Nada de lo que nos sucede le es ajeno a Dios, nada, pero con frecuencia somos nosotros los que nos alejamos de Él, no le confiamos las personas y las situaciones, nos cerramos en el miedo y la vergüenza. No, alimentemos en la oración la certeza consoladora de que el Señor vela sobre nosotros, que no duerme, sino que nos cuida siempre.

Amigos, jóvenes, la aventura de las decisiones no la realizamos solos. Por eso, permítanme decirles una última cosa: busquen siempre, antes que las opiniones de internet, buenos consejeros en la vida, personas sabias y de confianza que puedan orientarlos, ayudarlos. Pienso en los padres y en los maestros, pero también en los ancianos, en los abuelos, y en un buen acompañante espiritual. ¡Cada uno de nosotros necesita ser acompañado en el camino de la vida! Repito lo que les he dicho, ¡nunca solos! Necesitamos ser acompañados en el camino de la vida.

Queridos jóvenes, los necesitamos, necesitamos su creatividad, sus sueños y su valentía, su simpatía y sus sonrisas, su alegría contagiosa y también esa pizca de locura que ustedes saben llevar a cada situación, y que ayuda a salir del sopor de la rutina y de los esquemas repetitivos en los que a veces encasillamos la vida. Como Papa quiero decirles: la Iglesia está con ustedes y los necesita, a cada uno de ustedes, para rejuvenecer, explorar nuevos senderos, experimentar nuevos lenguajes, volverse más alegre y acogedora. ¡No pierdan nunca la valentía de soñar y de vivir en grande! Aprópiense de la cultura del cuidado y difúndanla; sean campeones de fraternidad; afronten los desafíos de la vida dejándose orientar por la creatividad fiel de Dios y por buenos consejeros. Y, por último, acuérdense de mí en sus oraciones. Yo haré lo mismo por ustedes; los llevo en el corazón. ¡Gracias!

God be with you! Allah ma'akum [Que Dios esté con ustedes]

El aliento del Pontífice a la comunidad del Instituto teológico Juan Pablo II para las ciencias del matrimonio y de la familia

Profetas de esperanza para la “gramática antropológica” de los afectos humanos

La familia no es una ideología, es una realidad

Ser «profetas de esperanza» en la conciencia de que «la familia permanece una insustituible “gramática antropológica” de los afectos humanos fundamentales». Es el aliento dirigido por el Papa Francisco a la comunidad académica del Pontificio Instituto teológico Juan Pablo II para las ciencias del matrimonio y de la familia, recibidos en audiencia en la mañana del lunes 24 de octubre, en la Sala Clementina.

¡Queridos hermanos y hermanas, buenos días y bienvenidos!

Me alegra encontrarme con vosotros que formáis la comunidad académica del Instituto teológico Juan Pablo II para las ciencias del matrimonio y de la familia. Doy las gracias a monseñor Vicenzo Paglia - ¡creo el premio Nobel por la creatividad! - vuestro Gran Canciller, por las palabras que me ha dirigido. Saludo al director, monseñor Philippe Bordeyne, los vicedirectores de las secciones extra urbe, los ilustrísimos profesores y todos vosotros, queridos y queridas estudiantes, junto a las parejas que han iniciado el curso de formación permanente en el Instituto. Vuestra representación internacional destaca la amplitud y la riqueza de la red que encabeza el Instituto; esta representa un recurso para la Iglesia y para la sociedad. Han pasado cinco años desde que, con el Motu Proprio Summa familiae cura, quise “invertir” en esta herencia dejada por San Juan Pablo II, que fundó el Instituto en 1981. Le he querido dar un nuevo vigor y un desarrollo más amplio, para responder a los desafíos que se presentan al inicio del tercer milenio. Tal desarrollo deseado -garantizado por la cualidad académica en las

disciplinas teológicas y en las ciencias humanas y sociales- lo siento particularmente importante, porque integra las competencias necesarias para discernir los valores relacionales propios de la constelación familiar. La teología misma, para estar a la altura de esta expansión, está llamada a elaborar una visión cristiana de la paternidad, de lo filial, de la fraternidad - por tanto, no solo del vínculo conyugal -, que corresponda a la experiencia familiar, en el horizonte de toda la comunidad humana y cristiana. También la cultura de los abuelos, que es muy importante. La cultura de la fe, de hecho, está llamada a medirse, sin ingenuidad y sin sometimiento, con las transformaciones que marcan la conciencia actual de las relaciones entre hombre y mujer, entre amor y generación, entre familia y comunidad. Aprecio y animo vuestro compromiso en el llevar adelante con coherencia y creatividad el proyecto magisterial que inspira su herencia y su actualización. Es un compromiso que, día tras día, llena de contenido el título de “pontificio” atribuido al Instituto, para ser entendido en su riqueza de significado, es decir servir a la Iglesia en la estela del ministerio de Pedro es el don que este recibe y, al mismo tiempo, transmite. Por esto se equivocaría gravemente quien leyera su renovado vínculo con el magisterio viviente en términos de contraposición a la misión recibida con su institución original. En realidad, la semilla crece y genera flores y frutos. Si la semilla no crece se queda ahí como pieza de museo, pero no crece. La misión de la Iglesia solicita hoy con urgencia la integración

de la teología del vínculo conyugal con una teología más concreta de la condición familiar. Las inéditas turbulencias, que en este tiempo ponen a la prueba todos los vínculos familiares, piden un discernimiento atento para recoger los signos de la sabiduría y de la misericordia de Dios. Nosotros no somos profetas de fatalidad, sino de esperanza. Por eso, en el considerar los motivos de crisis, no perdere- mos nunca de vista también los signos que consuelan, a veces conmovedores de la capacidad que los vínculos familiares siguen mostrando: en favor de la comunidad de fe, de la sociedad civil, de la convivencia humana. Todos hemos visto cuánto son valiosos, en los momentos de vulnerabilidad y de coacción, la tenacidad, la resistencia, la colaboración de los vínculos familiares. La familia permanece una insustituible “gramática antropológica” de los afectos humanos fundamentales. La fuerza de todos los vínculos de solidaridad y de amor aprende ahí, en la familia, sus secretos. Cuando esta gramática es descuidada o devastada, todo el orden de las relaciones humanas y sociales sufre las heridas. Y a veces son heridas profundas, muy profundas. Por ejemplo: el voluntariado social, ¿no saca quizá de estos vínculos generativos y fraternos del amor los símbolos y las modalidades de sus relaciones mejores? La protección del indefenso, ¿no tiene quizá su raíz en el cuidado por lo generado? La fraternidad no es una experiencia fácil, cierto, ¿pero hay quizá una mejor manera de haber nacido como hermanos y hermanas para llegar a comprender el senti-



do del ser - todos y todas - igualmente humanos? Estas son, hermanos y hermanas, las fronteras de los desafíos que nos insta a retomar desde el principio el hilo de la irradiación de todos los componentes del amor familiar - no solo el de la pareja- para toda la sociedad. La cualidad del matrimonio y de la familia decide la cualidad del amor de la persona individual y de los vínculos de la misma comunidad humana. Corresponde, pues, tanto al Estado como a la Iglesia escuchar a las familias, en vista de una proximidad afectuosa, solidaria, eficaz: que las sostenga en el trabajo que ya realizan por todos, animando su vocación por un mundo más humano, es decir, más solidario y más fraterno. Debemos custodiar a la familia pero no encarcelarla, hacerla crecer como debe crecer. Estar atentos a las ideologías que se entrometen para explicar la familia desde un punto de vista ideológico. La familia no es una ideología, es una realidad. Y una familia crece con la vitalidad de la realidad. Pero cuando llegan las ideologías a explicar o pintar la familia pasa lo que pasa y todo se destruye.

Hay una familia que tiene esa gracia del hombre y la mujer que se aman y se crean, y para entender la familia hay que ir siempre a lo concreto, no a las ideologías. Las ideologías arruinan, las ideologías se entrometen para hacer un camino de destrucción. ¡Cuidado con las ideologías! No tenemos que esperar que la familia sea perfecta para cuidar su vocación y animar su misión. El matrimonio y la familia siempre tendrán imperfecciones hasta que estemos en el Cielo. A los recién casados siempre les digo: si queréis, discutid, todo lo que queráis, pero con la condición de que hagáis las paces antes de que termine el día. Esta capacidad de “rehacerse” que tiene la familia ante las dificultades es una gracia, porque si no se rehace, la “guerra fría” del día siguiente es peligrosa. Sin embargo, entregamos al Señor nuestra propia imperfección, porque sacar de la gracia del sacramento una bendición para la criatura a la que se ha confiado la transmisión del sentido de la vida -no sólo la vida física- es el “posible” de Dios. Mucho depende, en esta sociedad llena de fisuras, de la alegría

redescubierta de la aventura familiar inspirada por Dios. Durante treinta años la encarnación del Hijo Unigénito consistió en vivir y arraigarse en los lazos familiares y comunitarios de su condición humana. No fue un simple tiempo de “espera”, fue un tiempo de “comprensión” con la condición humana más común, habitada con la mirada fija en las “cosas del Padre” (cf. Lc 2, 49). Quiero contaros una experiencia que tuve en la plaza [de San Pedro], cuando saludaba en la plaza antes de la pandemia. Una pareja, parecían jóvenes - ¡60 años de matrimonio! - sí, eran jóvenes, porque ella tenía entonces 18 años y él 20, y yo dije: “¿No os aburrís después de tantos años? ¿Estáis bien?”. Se miraron, me quedé quieto y luego se dieron la vuelta, llorando: “Nos amamos”. Fue la respuesta después de 60 años. Esta fue la mejor, la más hermosa teología sobre la familia que he visto. Que el Señor acompañe la pasión de vuestra fe y el rigor de vuestra inteligencia, en la formidable tarea de sostener, cuidar, animar -sí animar también- esta bendición creatural y eclesial que es la familia. Me alegra saber y percibir que os estáis dedicando a este compromiso también a través de la maduración de un clima de familia y de espíritu sinodal de la propia comunidad académica. La Madre del Señor, que más que ninguno de nosotros es experta en este vínculo entre el misterio salvífico de la nueva criatura y la condición familiar de los afectos humanos, os acompañe y os guarde. Os bendigo de corazón y como de costumbre -porque el Papa es un mendigo- os pido por favor que recéis por mí. ¡Gracias!

Sor Veera para muchos, “Mamá” para los migrantes

SR MARGARET SUNITA MINJ

En agosto de 2019 pasé dos semanas con sor Veera Bara en Caltanisetta, en Sicilia. Caminábamos por las calles, los migrantes la llamaban de lejos y cuando se acercaba la saludaban llamándola afectuosamente “mamá”. Sor Veera, de las Hermanas de la Caridad y de la Cruz, empezó a trabajar aquí con los refugiados en 2015; les enseña italiano, les ayuda a obtener los documentos necesarios y la asistencia médica en caso de enfermedad. Los migrantes no conocen su verdadero nombre: simplemente la llaman “mamá”. Cuando le pregunté dónde había encontrado la valentía para afrontar el desafío de esta tarea, sor Veera me respondió: “El lema de nuestro fundador, padre Teodosio Florentini, es ‘en las necesidades del tiempo leemos la voluntad de Dios’, y esto me ayuda a ir más allá de las barreras religiosas y culturales, me da la valentía para ir adelante y ayudar a los otros. La beata Madre Maria Theresia Scherer, la cofundadora de nuestra congregación, decía: ‘Todo es posible con el Señor y por el Señor’”.



Sor Veera nació el 13 de julio de 1957 en Neematoli, Farsabahr, en el distrito de Chhattisgarh. Tiene dos hermanos y una hermana mayores. El padre murió seis meses después de su nacimiento. Su familia se reunía en casa para recitar las oraciones por la noche y Veera participaba en las obras de solidaridad para los jóvenes. A veces guiaba las oraciones y los cantos en su pueblo. Una vez sembradas las semillas de la vida religiosa, después de haber asistido a una de sus escuelas, en 1978 entró en la congregación de las Hermanas de la Santa Cruz y tomó su primer voto el 8 de diciembre de 1982.

Sor Veera aceptó ir como misionera a Uganda y partió para su nuevo encargo en octubre de 1993, junto a otras tres hermanas. El desafío de amoldarse con el nuevo entorno, el nuevo idioma, la cultura y la gente fue un desafío. “Todo esto me enseñó a ser más paciente, más valiente, a tener un espíritu misionero”, cuenta. La acogida, el apoyo y el amor recibidos de las hermanas, de la gente del lugar y de los superiores la ayudaron a desarrollar, en los 22 años ugandeses, diferentes encargos como trabajadora pastoral y social, animadora vocacional, formadora, superiora y consejera. En el 2015, un nuevo encargo le

espera a sor Veera: la llamada es en Sicilia, en una comunidad inter-congregacional e internacional. Esta comunidad fue creada por petición del Papa Francisco que, en 2013, escuchó el grito de los migrantes en Lampedusa. El Papa entonces manifestó su deseo de que las religiosas de la Unión internacional de las superiores generales trabajaran juntas entre los migrantes. Y así, en el 50º aniversario de la institución del UISG, en 2015, las superiores generales deciden abrir en Sicilia dos centros para ayudar a los refugiados. Religiosas de diferentes congregaciones fueron invitadas a formar una comunidad en la cual trabajar juntas: la elección cayó en 10 hermanas de 9 países y de 8 institutos. Sor Veera, junto a otras 9 hermanas, llegó a Roma en septiembre de 2015 para recibir una formación básica de lengua italiana. El 2 de diciembre, después de la audiencia general, el grupo recibió la bendición del Papa Francisco para el inicio de su nueva misión en Sicilia. Una vez más, todo es nuevo - el lugar, cómo iniciar, desafíos desconocidos... Impulsada por el carisma y el lema de su congre-

gación, sor Veera da un paso detrás de otro. Le piden que asista a 20 mujeres nigerianas alojadas en un convento local. Esta experiencia le enseña realmente mucho sobre la trata de personas: estas jóvenes mujeres, destruidas física, mental y espiritualmente necesitan alguien que les escuche, les entienda y que les ame así como son. En octubre de 2016 sor Veera se muda a Caltanisetta. Está emocionada al ver a cerca de 170 refugiados musulmanes que viven al aire libre, bajo refugios hechos de arbustos, sin agua, comida, medicinas, con el mínimo indispensable de ropa e higiene inexistente. Su urgente necesidad de bienes básicos le hacen olvidar sus pequeñas dificultades. La presencia de la religiosa hace entender a los refugiados que Allah está con ellos, y la esperanza empieza a renacer en sus corazones rotos. Su confianza, el respeto, la preocupación y el amor que tienen por ella la levantan del miedo que había tenido antes de encontrarles: por la calle, en los campos de refugiados, en las familias, en las iglesias. En abril de 2017 afronta un nuevo desafío: empieza a ense-

ñar italiano a los refugiados. Sorpresa: en pocos días su clase llega a 25-30 jóvenes que aprecian su método de enseñanza. Sor Veera se hizo también mediadora entre los migrantes y los líderes religiosos, los médicos, los abogados, la policía y las autoridades escolares de Caltanisetta. En todo esto, se cumple lo que su hermano desaparecido había predicho: “Has dejado a tu familia, pero encontrarás muchas casas y mucha gente que te quieren. Dondequiera que vayas, encontrarás a tu familia, encontrarás hermanos y hermanas”. Sor Veera comenzó a sentirse parte de estas familias de migrantes y compartió su pobreza y sus fatigas. “Soy feliz”, me dijo Sor Veera, “cuando las familias de los migrantes me consideran una de ellos y comparten sus alegrías y tristezas conmigo. Niños, hijos de inmigrantes pakistaníes y africanos, muchachos, muchachas, todos me llaman ‘mamá’”. Después de 5 años de servicio entre los refugiados en Sicilia, la hermana Veera regresó a Uganda donde continúa su misión.

#sistersproject

Discurso del Papa a la comunidad del Instituto Claretiano de Teología de la Vida Consagrada

Ir a las fronteras para ser audaces en la misión

“Ir a las fronteras”, “abrir caminos”, “ser audaces en la misión”. Estas son las tareas fundamentales encomendadas por el Papa a la comunidad del Instituto de Teología de la Vida Consagrada “Claretianum” -con motivo del 50 aniversario de su fundación- recibida en audiencia en la mañana del lunes 7 de noviembre, en la Sala Clementina.

¡Queridos hermanos!
Estimado Cardenal Aquilino Bocos Merino,
Queridos obispos y sacerdotes,
¡buenos días y bienvenidos!

Agradezco al Padre Presidente sus amables palabras, ¡gracias! Celebráis el 50º aniversario de la fundación del Instituto Claretiano de Teología de la Vida Religiosa. En este medio siglo, habéis prestado muchos y valiosos servicios en el espíritu y la misión de San Antonio María Claret, que tanto hizo por apoyar y promover la vida consagrada en sus diversas formas. Sus publicaciones, sus obras me han ayudado mucho en la vida como formador de jóvenes seminaristas. Habéis suscitado en la Iglesia el deseo de estar cerca de las comunidades de vida consagrada y de ayudarlas. La contribución de los Misioneros Claretianos a las familias religiosas, mediante el acompañamiento espiritual, la iluminación doctrinal y, sobre todo, el asesoramiento jurídico, es conocida en todo el mundo. Prueba de ello son sus publicaciones y revistas, algunas de las cuales tienen más de cien años. En lo que ahora se llama Dicasterio para los Institutos de Vida Consagrada y las Sociedades de Vida Apostólica, han dejado su huella los cardenales Arcadio

María Larraona y Arturo Tabera, así como el padre Jesús Torres -me acuerdo tanto de él, era bueno, siempre escondido...-, mientras que otros misioneros han sido y son válidos colaboradores en este y otros Dicasterios. Tras el Concilio Vaticano II, tuvo mucho éxito la fundación del Instituto Claretianum y del Instituto de Madrid y, siguiendo sus pasos, los Centros Superiores de Manila, Bangalore, Bogotá y Abuja. En estos decenios todos ellos han prestado y siguen prestando un fecundo servicio a la comprensión y al desarrollo de la teología de la vida consagrada. Sus programas articulan orígenes y dinámicas carismáticas, cristológicas, históricas y canónicas. Su atención a las aportaciones de las ciencias humanas ha contribuido a ofrecer un rostro más humano a la vida consagrada. No exagero, pero vosotros, con vuestro trabajo, habéis humanizado mucho la vida consagrada. Damos gracias a Dios por las múltiples expresiones de la actividad de vuestros Institutos, que han ayudado a tantas personas y comunidades: las jornadas de estudio, las semanas y congresos, el acompañamiento a los capítulos y gobiernos de todo tipo de institutos, sociedades de vida apostólica y nuevas formas de vida consagrada. Gracias por la vida y el servicio de los seis Institutos, pero también por las iniciativas que habéis promovido y seguis promoviendo en tantos otros lugares: México, Polonia, Reino Unido, Indonesia... Vuestra presencia es muy visible en las Iglesias locales y en las conferencias de Superiores Ma-



yores de todo el mundo. Y también recuerdo mi primera experiencia como obispo en el Sínodo de 1994: ¡cuánto ayudasteis en ese Sínodo sobre la vida consagrada! Vuestra influencia fue positiva, siempre abierta, siempre quitando miedos que no tenían fundamento. Os agradezco de manera especial el cuidado que habéis puesto en la difusión del Magisterio de la Iglesia, tanto de los Papas como de los Dicasterios más relacionados con la vida consagrada. En este momento en que la Iglesia desea vivir más intensamente su vocación sinodal, me complace constatar que vuestro servicio a la vida consagrada ha estado marcado por el deseo de poner en práctica lo que San Antonio María Claret valoraba tanto. En efecto, no sólo habéis mantenido la comunión con la Sede Apostólica, con los Pastores de las Iglesias particulares y con las Federaciones de Superiores Mayores, sino que os habéis esforzado por compartir vuestro servicio de animación y renovación con otras vocaciones y ministerios eclesiales: religiosos con otros carismas, sacerdotes seculares y laicos. Os animo a seguir sirviendo a la

vida consagrada con espíritu claretiano, es decir, siendo misioneros. La vida consagrada no puede faltar en la Iglesia y en el mundo. El Padre Claret repitió también aquellas palabras de Santa Teresa que San Juan Pablo II recuerda en la Exhortación *Vita consecrata*: “¿Qué sería del mundo si no fuese por los religiosos?” (n. 105). Su ayuda a los consagrados, antes de ser intelectual, es testimonio, es confesión de que Jesús es el Señor. El primer servicio de vuestros Institutos Teológicos debe ser el de ofrecerse como casas de acogida, de alabanza y de acción de gracias; como lugares donde se comparten carismas y crece el deseo de vivir el espíritu de las Bienaventuranzas y el discurso escatológico. En ellos se debe manifestar la comunión y fomentar la opción por los pobres y la solidaridad, la fraternidad sin fronteras y la misión en constante salida. Con esta disposición, se apreciará más el don de la vida consagrada y su misión en la Iglesia y en el mundo. Hoy, la vida consagrada no puede dejarse desanimar por la falta de vocaciones o por el envejecimiento. Esto sería una tentación, un desánimo: “¿Pero qué vamos a hacer?”. Este es el reto. Los que

se dejan atrapar por el pesimismo dejan de lado la fe. Es el Señor de la historia quien nos sostiene y nos invita a la fidelidad y a la fecundidad. Cuida de su “remanente”, mira con misericordia y bondad su obra, y sigue enviando su Espíritu Santo. Cuanto más nos acerquemos a la vida religiosa a través de la Palabra de Dios y de la historia y creatividad de los Fundadores, más podremos vivir el futuro con esperanza. La vida religiosa sólo puede entenderse por lo que el Espíritu hace en cada una de las personas llamadas. Hay quienes se centran demasiado en el exterior (estructuras, actividades...) y pierden de vista la superabundancia de gracia que hay en las personas y en las comunidades. Por lo tanto, aleja el espíritu de derrota, el espíritu de pesimismo: esto no es cristiano. El Señor no dejará de estar cerca del pueblo, lo hará de una u otra manera, pero lo importante es Él. Aunque sabiendo que ya estás afrontando muchos retos de nuestro tiempo, me gustaría invitarlos a subrayar el valor de la fidelidad en el seguimiento de Jesús según el espíritu de los Fundadores, a prestar atención a la vida comunitaria. En una época en la que el individualismo está tan extendido, ¡estad atentos a la vida comunitaria! Os exhorto a vivir la interculturalidad como camino de fraternidad y de misión, y a promover el encuentro entre las distintas generaciones en la vida consagrada, en la Iglesia y en la sociedad. Quiero hacer hincapié en esto: el encuentro entre las diferentes generaciones. Los jóvenes necesitan pasar el rato con los mayores, necesitan hablar, y los mayores necesitan hablar con los jóvenes. De cara al futuro, según la profecía de Joel (cf. 3, 1-2), ¡qué bonito! Con este diálogo, con el espíritu, los viejos soñarán y los jóvenes profetizarán. Podrán seguir adelante, pero con el sueño de los viejos. Por favor, no dejéis que los viejos mueran sin soñar: es parte de una misión. Los jóvenes lo harán. Dejad que vuestros jóvenes se encuentren con los mayores y que los mayores se encuentren con los jóvenes. En un momento dado, después del Concilio, hubo una mentalidad de reestructurar las cosas: algunas congregaciones entregaron a los viejos a un hogar para ancianos. ¡Por favor, esto es criminal! Es curioso: ciertos religiosos —pienso en un caso concreto— ancianos religiosos, que trabajaban bien, después de dos meses en la residencia de ancianos se fueron al otro mundo. ¡Por nostalgia, por tristeza! Los viejos deben morir soñando, y los que hacen soñar a los viejos son los jóvenes, que deben ocupar el lugar de los viejos. No olvidéis esto: que hablen.... Hace cinco años, con la Constitución Apostólica *Veritatis gaudium*, precisé la contribución de los estudios eclesiológicos y de los centros teológicos a la nueva fase de la misión de la Iglesia en la que nos encontramos. Os agradezco mucho el compromiso con el que habéis asumido este llamamiento mío, y os exhorto a buscar siempre nuevas formas de servir al Señor y al santo pueblo fiel de Dios. Como os he dicho en otras ocasiones, no tengáis

miedo, cultivad siempre el estilo de Dios. ¿Y cuál es el estilo de Dios? Es simple: cercanía, compasión y ternura. Él mismo lo dice, en el Deuteronomio: “Piensa, ¿qué pueblo tiene sus dioses tan cerca como tú me tienes a mí?”. La proximidad, que es compasiva y tierna. Cercanía, compasión y ternura: este es el estilo de Dios. Seguir ayudando a tantos consagrados y consagradas a ser “una especie de Evangelio difundido a lo largo de los siglos” (CICLSAL, *Instrucción: Caminar desde Cristo*, 2). No os canséis de ir a las fronteras, incluso a las fronteras del pensamiento; de abrir caminos, de acompañar, arraigados en el Señor para ser audaces en la misión. San Juan Pablo II ya advirtió del peligro que supone para la vida consagrada la disminución de la importancia del estudio. Descuidar la teología, la reflexión, el estudio, las ciencias, empobrece el apostolado y fomenta la superficialidad y la trivialidad en la misión (cf. *Vita consecrata*, 98). Os doy las gracias porque seguis ayudando a tantos a permanecer atentos; porque seguis cuidando la calidad del estudio y la investigación. Los problemas de nuestro tiempo exigen nuevos análisis y nuevas síntesis (cf. *ibid.*). Vuestros institutos, vosotros profesores, vosotros estudiantes, tenéis una gran tarea por delante. El Evangelio enseña que hay una pobreza que humilla y mata y otra pobreza, la de Jesús, que libera y hace feliz. Como personas consagradas, habéis recibido el inmenso don de participar en la pobreza de Jesús. No olvidéis, ni en vuestra vida ni en el trabajo en la universidad, a los que viven la otra pobreza. Podéis hacer que la vida triunfe sobre la muerte y la dignidad sobre la injusticia (cf. *Mensaje para la VI Jornada Mundial de los Pobres* [2022]). Para encontrar verdaderamente a Cristo, hay que tocar, tocar su cuerpo en el cuerpo herido de los pobres, no sólo mirarlos, tocarlos; en confirmación de la comunión sacramental recibida en la Eucaristía (cf. *Mensaje para la Primera Jornada Mundial de los Pobres* [2017]). ¡Cuántos fundadores, fundadoras y personas consagradas han vivido y viven así! Parafraseando la oración con la que concluyó la homilía del 60º aniversario de la apertura del Concilio Ecuménico Vaticano II, os invito a rezar conigo: “Te damos gracias, Señor, por el don del Concilio. Tú que nos amas, líbranos de la presunción de la autosuficiencia y del espíritu de la crítica mundana. Líbranos de la autoexclusión de la unidad. Tú, que nos apacientas con ternura, condúcenos fuera de los recintos de la autorreferencialidad. Tú, que nos quieres una grey unida, líbranos del engaño diabólico de las polarizaciones, de los ‘ismos’. Y nosotros, tu Iglesia, con Pedro y como Pedro te decimos: ‘Señor, tú lo sabes todo; tú sabes que te amamos’ (cf. *Jn* 21,17) (*Homilía*, 11 de octubre de 2022). Queridos hermanos, queridas hermanas, por intercesión de la Virgen María, que el Espíritu Santo os asista siempre en vuestro servicio al Claretianum. De corazón os bendigo. Y, por favor, no os olvidéis de rezar por mí. Gracias.

Un diálogo profundo con el Cardenal Pedro Ricardo Barreto S.J.

Reflexiones alrededor de la CEAMA

MARCELO FIGUEROA

En una entrevista mantenida con el L'Osservatore Romano, el Cardenal Pedro Ricardo Barreto, nos expresó sus pensamientos, anhelos, reflexiones y sueños alrededor de la Conferencia Episcopal de la Amazonía (CEAMA), de la cual es presidente.

Cardenal Barreto. ¿Cuáles son sus consideraciones sobre la aprobación de los estatutos de la CEAMA teniendo en cuenta sus orígenes en el continente, y especialmente la existencia y trayectoria del CELAM?
La Conferencia Eclesial de la Amazonía (CEAMA) es un organismo de la Iglesia Católica erigida por la Santa Sede con personería jurídica, canónica, y pública, conteniendo además con sus estatutos aprobados. Con esta creación ya oficial de este organismo eclesial tenemos que señalar dos cosas muy importantes: que es original y que es inédito. Es original por ser un fruto del proceso sinodal que vivimos en América Latina desde que en 1955 la primera Conferencia Episcopal Latinoamericana (CELAM) asumió fundamentalmente las orientaciones del Concilio Vaticano II. Es ahí donde se desarrolla todo un proceso sinodal, sin saber por entonces exactamente lo que significaba. Aquí hay algo muy importante porque la originalidad de la CEAMA no es propiedad privada de ella, sino de la Iglesia Universal. Esto es porque en la Constitución dogmática conciliar *Lumen Gentium* ya hablaba del pueblo de Dios que pere-

grina en la historia de la humanidad. Por tanto, la CEAMA no es un invento ni del Sínodo amazónico, ni de América Latina, sino que está en la base de esta reforma de la Iglesia en el Concilio Vaticano II. En segundo lugar, la CEAMA es un organismo inédito no solamente por ser eclesial sino también por ser de una región, la región de la Amazonía que comprende 9 países. Por lo tanto, estamos hablando de un bioma, de un ecosistema vivo que no tiene fronteras pero que los hombres le hemos puesto fronteras desde hace 200 o 210 años, y que antes vivía como una unidad. De manera que es inédita porque busca unir lo que las fronteras políticas habían dividido. Estos dos rasgos los considero los más importantes y son un aporte a la Iglesia Universal.

¿Estos conceptos de ser original e inédito, marcan una diferencia sustancial en relación a lo que conocíamos bajo el nombre de Conferencia Episcopal?
Hasta ahora todas las Conferencias han sido y son episcopales. Ahora ha irrumpido en el seno de la Iglesia una primera Conferencia Eclesial que abarca 9 países, y 7 Conferencias Episcopales. Brasil que tiene el 63% de la Amazonía, Perú el 13%, Bolivia el 11%, Colombia el 6%, Ecuador el 2%, Venezuela con el 1% y el resto en las dos Guyanas.

Esto multiplicidad seguramente debe ir acompañado de un cambio metodológico. ¿No es verdad?
Sí, y me parece muy importante señalar que hay una metodología de trabajo de la Iglesia en general que hemos puesto en

práctica en América latina. Este proceso es el que San Juan XXIII describía alrededor de los verbos “ver”, “juzgar” y “actuar”. En este sentido, esta metodología es una experiencia sinodal que tiene tres aspectos fundamentales. En el “ver” y en el “escuchar” la realidad, debemos discernir cuál es la voluntad de Dios para la misión evangelizadora de la Iglesia y para los pueblos amazónicos. Por otro lado, actuar de manera conjunta con un plan pastoral de conjunto que viabilice el rostro amazónico de la Iglesia y que el documento final del Sínodo del 2019 nos señala. Por otro lado, también tener una experiencia de colegialidad en la vida de la Iglesia es algo que nos identifica. No solamente el Colegio de obispos que estamos al servicio del Pueblo de Dios, sino de aquellas personas que están en el territorio y que son de alguna manera los que están en contacto directo con la problemática.

¿Cómo dialoga o se relaciona la CEAMA con la REPAM?
En este sentido tengo que decir con alegría que desde el año 2014 existe una Red Eclesial Pan amazónica (REPAM), es decir, que hay una complementariedad. La REPAM no es una estructura jurídica de la Iglesia, es una forma de estar presente en el territorio. En este momento la REPAM es el enclave de la Iglesia en el territorio y la CEAMA es una institución jurídica que recoge las más de 150 propuestas del Do-

El Pontífice hace un recorrido por el viaje realizado recientemente a Baréin

El diálogo es el oxígeno de la paz

«Diálogo, encuentro y camino» son las tres palabras con las que el Papa Francisco resumió en la mañana del miércoles 9 de noviembre, en la audiencia general en la plaza de San Pedro, el viaje de cuatro días en Baréin que concluyó el domingo pasado.

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Antes de hablar sobre lo que he preparado, quisiera atraer la atención sobre estos dos niños que han venido aquí. Ellos no han pedido permiso, ellos no han dicho: “Ah, tengo miedo”: han venido directamente. Así debemos ser nosotros con Dios: directamente. Nos han dado ejemplo de cómo debemos comportarnos con Dios, con el Señor: ¡ir adelante! Él nos espera siempre. Me ha hecho bien ver la confianza de estos dos niños: ha sido un ejemplo para todos nosotros. Así debemos acercarnos siempre al Señor: con libertad. Gracias.

Hace tres días volví del viaje al Reino de Baréin, que yo no conocía, de verdad: no sabía bien como era, ese reino. Deseo dar las gracias a todos aquellos que han acompañado esta visita con el apoyo de la oración, y renovar mi reconocimiento a su majestad el rey, a las otras autoridades, a la Iglesia local y a la población por la calurosa acogida. Y también, quiero dar las gracias a los organizadores de los viajes: para hacer este viaje hay un movimiento de gente, la Secretaría de Estado trabaja mucho para preparar los discursos, para preparar la logística, todo, se mueven muchos... después, los traductores... y después, el Cuerpo de la Gendarmería, el Cuerpo de la Guardia Suiza, que son muy buenos. ¡Es un trabajo enorme! Todos, a todos quisiera daros las gracias públicamente por todo lo que hacéis para que un viaje del Papa vaya bien. Gracias.

Resulta espontáneo preguntarse: ¿por qué el Papa quiso visitar este pequeño país de grandísima mayoría islámica? Hay muchos países cristianos: ¿por qué no va antes a uno u otro? Quisiera responder a través de tres palabras: diálogo, encuentro y camino.

Diálogo: la ocasión del viaje, deseado desde hace tiempo, fue ofrecida por la invitación del rey a un foro sobre el diálogo entre Oriente y Occidente. Diálogo que sirve para descubrir la riqueza de quien pertenece a otras gentes, otras tradiciones, otros credos. Baréin, un archipiélago formado por muchas islas, nos ha ayudado a entender que no se debe vivir aislándose, sino acercándose. En Baréin, que son islas, se han acercado, se tocan. Lo exige la causa de la paz, y el diálogo es “el oxígeno de la paz”. No os olvidéis de esto: el diálogo es el oxígeno de la paz. También en la paz doméstica. Se ha hecho una guerra ahí, entre marido y mujer, después con el diálogo se va adelante con paz. En familia, dialogar también: dialogar, porque con el diálogo se custodia la paz. Hace casi sesenta años el Concilio Vaticano II, hablando de la construcción del edificio de la paz, afirmaba que tal obra «exige de ellos [los hombres] con toda certeza que amplíen su mente más allá de las fronteras de la propia nación, renuncien al egoísmo nacional ya a la ambición de dominar a otras naciones, alimenten un profundo respeto por toda la humanidad, que corre ya, aunque tan la-



boriosamente, hacia su mayor unidad» (*Gaudium et spes*, 82). En Baréin sentí esta necesidad y deseé que, en todo el mundo, los responsables religiosos y civiles sepan mirar más allá de los propios confines, de las propias comunidades, para cuidar del conjunto. Solo así se pueden afrontar ciertos temas universales, por ejemplo, el olvido de Dios, la tragedia del hambre, la custodia de la creación, la paz. Juntos, se piensa esto. En este sentido el Foro del diálogo, titulado “Oriente y Occidente por la convivencia humana”, exhortó a elegir el camino del encuentro y a rechazar el del enfrentamiento. ¡Cuánto lo necesitamos! ¡Cuánto necesitamos encontrarnos! Pienso en la disparatada guerra ¡disparatada! de la que es víctima la martirizada Ucrania, y en tantos otros conflictos, que nunca se resolverán a través de la infantil lógica de las armas, sino solo con la fuerza mansa del diálogo. Pero además de Ucrania, que está martirizada, pensemos en las guerras que duran desde

hace años, y pensemos en Siria ¡más de diez años! pensemos por ejemplo en Siria, pensemos en los niños de Yemen, pensemos en Myanmar: ¡por todos lados! Ahora, está más cerca Ucrania, ¿qué hacen las guerras? Destruyen, destruyen la humanidad, destruyen todo. Los conflictos no deben ser resueltos a través de la guerra. Pero no puede haber diálogo sin segunda palabra: encuentro. En Baréin nos hemos encontrado, y muchas veces he sentido emerger el deseo de que aumenten los encuentros entre cristianos y musulmanes, que se construyan relaciones más fuertes, que se preocupen más los unos de los otros. En Baréin como se hace en oriente las personas se llevan la mano al corazón cuando saludan a alguien. Yo también lo hice, para dar espacio dentro de mí a quien encontraba. Porque, sin acogida, el diálogo queda vacío, aparente, permanece cuestión de ideas y no de realidad. Entre los muchos encuentros, pienso en el del queri-

do hermano, el gran imán de Al-Azhar ¡querido hermano! ; y con los jóvenes de la Escuela del Sagrado Corazón, estudiantes que nos han dado una gran enseñanza: estudian juntos, cristianos y musulmanes. Es necesario conocerse desde jóvenes, adolescentes, niños, para que el encuentro fraterno prevalezca sobre las divisiones ideológicas. Y aquí quiero dar las gracias a la Escuela del Sagrado Corazón, dar las gracias a sor Rosalyn que ha llevado adelante esta escuela tan bien, y a los chicos que han participado con los discursos, con las oraciones, el baile, el canto: ¡lo recuerdo bien! Muchas gracias. Pero también los ancianos han ofrecido un testimonio de sabiduría fraterno: pienso en el encuentro con el Consejo Musulmán de Ancianos, una organización internacional nacida hace pocos años, que promueve buenas relaciones entre las comunidades islámicas, en nombre del respeto, de la moderación y de la paz, oponiéndose al integralismo y a la violencia.

Así vamos hacia la tercera palabra: camino. El viaje en Baréin no hay que verlo como un episodio aislado, forma parte de un recorrido, inaugurado por san Juan Pablo II cuando viajó a Marruecos. Así, la primera visita de un Papa a Baréin ha representado un nuevo paso en el camino entre creyentes cristianos y musulmanes: no para confundirnos o aguar la fe, no: el diálogo no desvirtúa; sino para construir alianzas fraternas en el nombre del padre Abraham, que fue peregrino en la tierra bajo la mirada misericordiosa del único Dios del Cielo, Dios de la paz. Por esto el lema del viaje era: “Paz en la tierra a los hombres de buena voluntad”. ¿Y por qué digo que el diálogo no desvirtúa? Porque para dialogar es necesario tener identidad propia, se debe partir de la propia identidad. Si tú no tienes identidad, tú no puedes dialogar, porque no entiendes ni siquiera tú qué eres. Para que un diálogo sea bueno, se debe partir siempre de la propia identidad, ser conscientes de la propia identidad, y así se puede dialogar.

Diálogo, encuentro y camino en Baréin se realizaron también entre los cristianos: por ejemplo, el primer encuentro, de hecho, fue ecuménico, de oración por la paz, con el querido patriarca y hermano Bartolomé y con los hermanos y hermanas de varias confesiones y ritos. Tuvo lugar en la Catedral, dedicada a Nuestra Señora de Arabia, cuya estructura evoca una tienda, esa en la que, según la Biblia, Dios encontraba a Moisés en el desierto, a lo largo del camino. Los hermanos y las hermanas en la fe, que he encontrado en Baréin, viven realmente “en camino”: la mayor parte son trabajadores inmigrantes que, lejos de casa, encuentran sus raíces en el Pueblo de Dios y su familia en la gran familia de la Iglesia. Es maravilloso ver estos migrantes, filipinos, indios y de otros lugares, cristianos que se reúnen y se apoyan en la fe. Y van adelante con alegría, en la certeza de que la esperanza de Dios no decepcionada (cf. *Rm* 5,5). En la reunión con los

pastores, los consagrados y las consagradas, los agentes pastores y, en la festiva y conmovedora misa celebrada en el estadio, con muchos fieles procedentes también de otros países del Golfo, llevé el afecto de toda la Iglesia. Este ha sido el viaje. Y hoy quisiera transmitirlos su alegría genuina, sencilla y hermosa. Encontrándonos y rezando juntos, nos hemos sentido un corazón solo y un alma sola. Pensando en su camino, en su experiencia cotidiana de diálogo, sintámonos todos llamados a ampliar los horizontes: por favor, corazones amplios, no corazones cerrados, duros. Abrid los corazones, porque todos somos hermanos y porque esta fraternidad humana vaya más adelante. Ampliar los horizontes, abrir, ampliar los intereses y dedicarnos al conocimiento de los otros, nunca te sentirás amenazado. Pero si tienes miedo de los otros, tú mismo serás para ellos una amenaza. El camino de la fraternidad y de la paz necesita de todos y cada uno para continuar. Yo doy la mano, pero si del otro lado no hay otra mano, no sirve. ¡Que la Virgen nos ayude en este camino! ¡Gracias!

Al finalizar la catequesis el Papa saludó a los diferentes grupos de fieles presentes, lanzando un nuevo llamamiento por la paz en Ucrania y recordando la muerte de Su Beatitude Crisóstomo II, arzobispo ortodoxo de Chipre, y la beatificación en Kenia de sor Maria Carola Cechin. La audiencia concluyó con el canto del Pater noster y la bendición apostólica.

Saludo cordialmente a los peregrinos de lengua española —veo que hay un montón de mexicanos, bienvenidos—. Los animo a que sigamos avanzando por el camino de la fraternidad y de la paz, abiertos al diálogo y al encuentro con los demás. Que María, nuestra Madre, nos acompañe en esta senda, y nos ayude especialmente a compartir nuestra vida con los pobres, cuya Jornada Mundial celebraremos el próximo domingo. Que Jesús los bendiga y la Virgen Santa los cuide. Muchas gracias.

Reflexiones alrededor de la CEAMA

VIENE DE LA PÁGINA 9

cumento final del Sínodo amazónico de octubre del 2019. Entonces la REPAM es la articulación de todo el trabajo de la Iglesia en el territorio pero que tiene una relación complementaria con la CEAMA. Es decir, esta complementariedad es como un matrimonio. El tener una Conferencia Eclesial, pero con una Red Eclesial en el territorio amazónico, es una novedad. Cosa que para la Iglesia universal puede ser una propuesta de acción que nos ayude a tener Conferencias Eclesiales, pero con Redes Eclesiales que se alimenten entre sí en el territorio.

¿En qué medida, la Exhortación Apostólica “Querida Amazonía” del Papa Francisco tuvo influencia en este peregrinar hacia la CEAMA?” En “Querida Amazonía”, el Papa Francisco manifiesta cuatro sueños que la Amazonía le inspira: social, cultural, ecológico y eclesial. Cuando habla del sueño eclesial, de lo que sueña Francisco es en regalar una la Iglesia con nuevos rostros con rasgos amazónicos. Es decir, la inculturación del Evangelio y de una Iglesia que es una, pero con di-

versos rostros.

Cuando hablamos del futuro y de los sueños que se vislumbran en este camino, debo recordar que el mismo Papa Francisco, el 12 de septiembre de este año cuando tuvimos la reunión con la presidencia del CEAMA, él manifestó claramente que ésta es una plantita muy pequeña que está creciendo y que tenemos que cuidarla y protegerla para que crezca al ritmo que Dios quiere.

Desde luego, que la participación, influencia pastoral y voz profética del Cardenal Cláudio Hummes se hace presente muy especialmente en esta etapa...

En este aspecto yo personalmente estoy muy contento porque con Dom Cláudio Hummes, con quien participamos desde el inicio de este proceso sinodal específico en el 2014 con la creación de la REPAM veíamos que nuestros sueños eran muy etéreos. Sin embargo, Dom Claudio lo pudo ver en vida, y era muy consciente y estaba muy animado de poder regalar a la Iglesia un organismo eclesial, siendo él, presidente de la CEAMA. Esto me parece muy importante señalarlo porque él fue el primer presidente de la CEAMA

en la Asamblea que se realizó el 29 de junio del 2020 en plena pandemia, nueve meses después de culminado el Sínodo amazónico. Y esto que contó con el respaldo del Papa Francisco, también nos hacía conscientes de que estábamos en un proceso sinodal que viene de Dios y que, habiendo muchas dudas, también teníamos muchas seguridades.

Seguramente, se destaca un lugar muy especial de los pueblos originarios de la Amazonía en este camino sinodal...

Desde la Amazonía, desde los pueblos originarios, desde aquellos que no tenían voz, ahora estamos abriendo la posibilidad de hacerlos oír directamente.

Puedo decir con mucha alegría que ya tenemos una hermana de los pueblos originarios Jessica Tapiachi, que es una indígena del pueblo arabuc, Madre de Dios en Perú que es vicepresidenta de la REPAM.

Y en la CEAMA, tenemos también a Patricia Gualinga que es una indígena ecuatoriana del pueblo de Sarayacu, que seguramente será confirmada por Asamblea como vicepresidenta.

Hablamos de los sueños del Papa Francisco. ¿Cuáles son sus sueños Cardenal Barreto?

Si me preguntan que sueño tengo, es que el presidente debe ser un obispo, un sacerdote una religiosa, o un laico y una persona representante de los pueblos originarios, y que sean todos indígenas. De manera que hay que hacer todo un trabajo de inclusión eclesial, no solamente social. Eclesial en ese rostro amazónico que tiene para nosotros una gran riqueza, pero todavía hay que ir poco a poco. Yo quisiera que la CEAMA se inscriba en una tradición histórica que comenzó en 1975 con la creación del Consejo Episcopal latinoamericano (CELAM) con las cuatro conferencias posteriores desde Medellín para aplicar las orientaciones del Concilio Vaticano II.

Es un sueño profético, teológicamente hablando y en términos de camino sinodal futuro..

Efectivamente. Cuando hablamos de sinodalidad, tenemos un fundamento teológico. La sinodalidad del Pueblo de Dios a nivel de la población amazónica. Y esta sinodalidad es el *sensus fidei*, el sentir de la fe de los pueblos originarios.